



AÑO X.

Madrid, 1.º de Setiembre de 1885.

NÚM. 19.

DIRECTOR:

EL CONDE DE LAS CINCO TORRES

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año.....	20 pesetas.
Seis meses.....	11 »
Tres.....	6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año.....	25 francos.
Seis meses.....	14 »
Tres.....	8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año.....	8 pesos fuertes
Seis meses.....	4 50 »
Tres.....	2 50 »

REDACCION Y ADMINISTRACION

Calle de Villanueva, 6, bajo día.

A donde se dirigirán los pedidos de suscripciones.

SUMARIO.

Boletín oficial de la Sociedad de Fomento de la Cría caballar de España: Carreras de caballos en Madrid en otoño de 1885.—La trilla, por E. Bonifano.—En el valle del Lozoya, por X.—Apertura de la casa: La codorniz, por F.—Una aventura de centinela.—Establecimiento de baños sulfurosos de Escoriala.—La yegua del desierto, por Jockey.—Jabón fabricado en casa.—Paris-club, por Rabagás.—Noticias generales.—Notas de caza, por J. Str.—Anuncios.

BOLETIN OFICIAL

DE LA

SOCIEDAD DE FOMENTO DE LA CRÍA CABALLAR DE ESPAÑA.

CARRERAS DE CABALLOS EN MADRID.

OTOÑO DE 1885.

LOS DIAS 24, 26, Y 28 DE OCTUBRE, A LAS DOS DE LA TARDE,

BAJO LA DIRECCION DE LA

SOCIEDAD DE FOMENTO DE LA CRÍA CABALLAR,

DE QUE ES PRESIDENTE HONORARIO S. M. EL REY.

PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD: Excmo. Sr. Duque de Fernan-Núñez.

COMISARIOS..... Excmo. Sr. Duque de Alba.

Sr. D. Manuel G. Her-
ran.Excmo. Sr. Conde de
Peña-Ramiro.JUECES DE PESO..... Sr. D. Gerardo Bermu-
dez de Castro.Sr. D. Juan Álvarez So-
tomayor.

JUEZ DE SALIDA..... Sr. D. José Heredia.

JUEZ DE LLEGADA..... Sr. Conde de Villanueva.

HANDICAPPERS..... Sr. D. Agustín de la
Viesca.

Sr. D. Alfredo Weil.

HANDICAPPERS..... Sr. D. Manuel Héctor
Abreu.JURADO..... Excmo. Sr. Duque de
Medina-Sidonia.

Sr. Conde del Villar.

Sr. Marqués de la Co-
quilla.

PRIMER DIA.

1.ª CARRERA.—DE VENTA.—Á las dos.—*Premio de la Sociedad.*—1.000 pesetas.—Para caballos enteros, capones y yeguas de todas clases y razas, nacidos ó no en la Península.

	Españoles.	Morunos hispano- árabes.	Árabes hispano- árabes.	Anglo- árabes.	Inglese.
De 3 años.....	46 kgs.	51 kgs.	56 kgs.	62 kgs.	67 kgs.
De 4 ».....	53 ½ »	58 »	63 ½ »	72 ½ »	77 »
De 5 ».....	56 ½ »	61 »	67 »	76 »	80 ½ »
De 6 » y cerrados.....	59 »	64 »	69 »	78 ½ »	83 »

Distancia, 1.500 metros próximamente.—*Matrícula*, 50 pesetas.

Los caballos nacidos fuera de la Península llevarán 5 kilogramos de recargo. Los que anteriormente á esta Reunion no hayan alcanzado premio alguno, llevarán 3 kilogramos menos. El precio fijado á cada caballo ha de ser declarado precisamente al efectuar su inscripción, siendo el máximo de 5.000 pesetas. Los que se valoricen en esta cantidad llevarán los pesos indicados, y los demás obtendrán una rebaja de un kilogramo por cada 500 pesetas menos de valor.

Todo caballo que corra en esta CARRERA será vendido al alza del precio porque fué inscrito; el vencedor, en subasta oral, inmediatamente despues de correr, y los otros á las dos y media en punto de la tarde, por proposiciones en pliego cerrado, cuyo modelo se facilita en Secretaría. La diferencia que resulte de más del valor declarado al importe de la mejor oferta, se divide por mitad entre el dueño del caballo y esta Sociedad.

El comprador tiene derecho á correr el caballo adquirido, sin tener que pagar las matrículas de las demas CARRERAS en que esté inscrito, con opción á los premios correspondientes y á inscribirle

de nuevo, mediante el pago de matrícula sencilla, hasta media hora ántes de la fijada para la en que su dueño quiera que corra, exceptuándose las inscripciones para las dos primeras Carreras del tercer día, cuya matrícula quedará cerrada á las cinco de la tarde del día 26.

2.ª CARRERA.—COSMOS.—Á las dos y media.—*Premios de las Compañías de Ferrocarriles.*—4.000 pesetas; de la del Mediodía, 2.500 pesetas, y 1.500 de la del Norte.—3.500 pesetas al primero y 500 al segundo.—Para caballos enteros y yeguas de cualquier raza.

	Inglese nacidos en la Península.	Inglese nacidos en el extranjero.	Todos los demas.
De 3 años.....	50 ½ kgs.	60 kgs.	64 kgs.
De 4 ».....	58 »	67 »	72 »
De 5 ».....	60 ½ »	69 ½ »	74 ½ »
De 6 » y cerrados.....	63 »	71 »	76 »

Distancia, 3.000 metros próximamente.—*Matrícula*, 120 pesetas.

3.ª CARRERA.—PENINSULAR.—Á las tres.—*Premio del Ministerio de Fomento.*—2.000 pesetas.—Para caballos enteros y yeguas españoles y cruzados.

	Españoles.	Hisp.-árabes.	Hisp.-Inglese.
De 3 años.....	44 kgs.	49 kgs.	51 kgs.
De 4 ».....	52 »	57 »	63 »
De 5 ».....	56 ½ »	60 ½ »	65 ½ »
De 6 » y cerrados.....	57 »	62 »	67 »

Distancia, 2.500 metros próximamente.—*Matrícula*, 100 pesetas.

4.ª CARRERA.—PREMIO DE GANADEROS.—Á las cuatro.—*Premios de la Sociedad.*—3.500 pesetas.—2.500 pesetas al primero y 1.000 al segundo.—Para potros y potrancas de pura sangre de tres años, nacidos y criados en España, é inscritos en el año de su nacimiento para el Gran Premio de Madrid.—Peso, 55 kilogramos.

Distancia, 2.600 metros próximamente.—*Matrícula*, 125 pesetas.

El vencedor del Gran Premio de Madrid llevará 3 kilogramos de recargo.

5.ª CARRERA.—HANDICAP.—Á las cuatro y media.—*Premio del Ministerio de Fomento.*—2.000 pesetas.—Para caballos y yeguas españoles y cruzados de tres años.

Distancia, 1.500 metros próximamente. — Matricula, 100 pesetas.

SEGUNDO DIA.

1.^a CARRERA. — PRÍNCIPE DE GALES. — Á las dos. — Premios de la Sociedad. — 2.500 pesetas. — 2.250 pesetas al primero y 250 al segundo. — Para potros y potrancas de tres y cuatro años de todas razas.

De tres años, 57 kilogramos; de cuatro años, 64 kilogramos.

Distancia, 1.500 metros próximamente. — Matricula, 105 pesetas.

2.^a CARRERA. — SEGUNDO CRITERIUM. — Á las dos y media. — Premios del Ministerio de Fomento. — 6.000 pesetas. — 5.000 pesetas al primero y 1.000 al segundo. — Para potros enteros y potrancas españoles y cruzados de tres y cuatro años.

	Españoles.	Hisp.-árabes.	Hisp.-ingleses.
De 3 años.	45 kgs.	50 kgs.	55 kgs.
De 4 años.	54 $\frac{1}{2}$ »	59 $\frac{1}{2}$ »	64 $\frac{1}{2}$ »

Distancia, 2.000 metros próximamente. — Matricula, 125 pesetas.

3.^a CARRERA. — MILITAR. — Á las tres. — Premio de S. M. la Reina. — Un objeto de arte. — Handicap para caballos del Ejército procedentes de compras ó remontas, que no habiendo tomado parte en ninguna Carrera pública que no haya sido militar, sean montados exclusivamente por oficiales de Institutos montados. — Traje, de uniforme sin espada.

No podrán disputar este premio los caballos pura sangre inglesa. — Pesos, los del Omnium.

Distancia, 1.800 metros próximamente. — Matricula, 25 pesetas.

4.^a CARRERA. — DE SALTOS. — Á las tres y media. — Premios de la Sociedad. — 2.500 pesetas. — 2.000 pesetas al primero y 500 al segundo. — Para caballos y yeguas de cuatro años en adelante, cualquiera que sea su nacionalidad.

De cuatro años, 60 kilogramos; de cinco años, 65 kilogramos; de seis años en adelante, 67 kilogramos.

Los caballos nacidos en el extranjero llevarán 5 kilogramos de recargo.

PENALIDADES. — Los ganadores de uno ó varios premios de 4.000 pesetas en Carrera de saltos, de cualquiera clase que éstos hayan sido, llevarán 3 kilogramos de recargo, y los de 6.000 pesetas arriba, 5 kilogramos.

Distancia, 2.500 metros próximamente. — Once saltos. — Matricula, 105 pesetas.

5.^a CARRERA. — PRECOZ. — Á las cuatro. — Premio de la Sociedad. — 2.500 pesetas. — Para potros y potrancas de todas razas, de dos años, nacidos en la Península. — Peso, 46 kilogramos.

Excepcionalmente podrán tomar parte en esta Carrera los potros y potrancas nacidos en el extranjero, siempre que no hayan ganado ningún premio hasta el día de su importación. — Peso, 49 kilogramos.

Distancia, 1.000 metros próximamente. — Matricula, 105 pesetas.

6.^a CARRERA. — PURA SANGRE. — Á las cuatro y media. — Premios de S. A. R. la Infanta Isabel. — Un objeto de arte. — De la Sociedad. — 4.500 pesetas. — El objeto de arte y 4.000 pesetas al primero y 500 al segundo.

Para caballos enteros y yeguas de pura sangre inglesa, nacidos ó no en la Península.

	Nacidos en la Península.	Nacidos en el extranjero.
De 3 años.	45 kilógr.	55 $\frac{1}{2}$ kilógr.
De 4	52 $\frac{1}{2}$ »	60 »
De 5	55 »	68 $\frac{1}{2}$ »
De 6 » y cerrados. . .	58 $\frac{1}{2}$ »	70 »

Distancia, 3.000 metros próximamente. — Matricula, 125 pesetas.

Los vencedores en esta Carrera llevarán 3 kilogramos de aumento por cada vez que la hayan ganado, y el del Cosmos de esta Reunion, otros 3 kilogramos.

TERCER DIA.

1.^a CARRERA. — HANDICAP NACIONAL. — Á las dos. — Premios del Ministerio de Fomento. — 5.000 pesetas. — 4.500 pesetas al primero y 500 al segundo. — Para caballos enteros y capones y yeguas españoles y cruzados.

Distancia, 2.000 metros próximamente. — Matricula, 125 pesetas.

Es obligatoria la matricula de los no pura sangre vencedores en cualquiera de las carreras anteriores, exceptuándose la militar.

2.^a CARRERA. — HANDICAP PURA SANGRE. — Á las dos y media. — Premio de S. M. el Rey. — 5.000 pesetas. — 4.500 pesetas al primero y 500 al segundo. — Para caballos enteros y yeguas de pura sangre inglesa, nacidos ó importados en España.

Distancia, 2.500 metros próximamente. — Matricula, 125 pesetas.

Es obligatoria la inscripción de los pura sangre vencedores en cualquiera de las carreras anteriores, exceptuándose la Precoz.

3.^a CARRERA. — PREPARACION. — Á las tres. — Premios del Ministerio de la Guerra. — 1.000 pesetas. — 700 pesetas al primero, 250 al segundo y 50 al tercero. — Para caballos del arma de Caballería, montados exclusivamente por los Sargentos á quien les están asignados para prestar el servicio.

No podrán disputar estos premios los caballos pura sangre inglesa. — Traje, levita ó dorman y gorra de cuartel; sin armas.

Distancia, 1.500 metros próximamente.

4.^a CARRERA. — GRAN STEEPLE CHASE. — Á las tres y media. — Premio de la Sociedad. — 6.000 pesetas. — 5.000 pesetas al primero y 1.000 al segundo. — Handicap para toda clase de caballos y yeguas de cuatro años en adelante, cualquiera que sea su nacionalidad.

Distancia, 4.500 metros próximamente. — Veintinueve obstáculos. — Matricula, 125 pesetas.

5.^a CARRERA. — COMPENSACION. — Á las cuatro. — Premios de la Sociedad. — 1.000 pesetas. — 750 pesetas al primero y 250 al segundo. — Handicap para todos los caballos y yeguas que, no siendo de pura sangre inglesa, hayan corrido y no hayan ganado premio en las carreras de esta Reunion.

Distancia, 1.400 metros próximamente. — Matricula, 50 pesetas.

6.^a CARRERA. — CONSOLACION. — Á las cuatro y media. — Premios de la Sociedad. — 1.000 pesetas. — 750 pesetas al primero y 250 al segundo. — Handicap para todos los caballos y yeguas de pura sangre que hayan corrido y no hayan ganado premio en las carreras de esta Reunion.

Distancia, 1.500 metros próximamente. — Matricula 50 pesetas.

CONDICIONES GENERALES.

1.^a Las inscripciones deberán hacerse en las oficinas de la Sociedad, calle del Prado, núm. 27, entresuelo derecha, de tres á seis de la tarde, del 15 al 17 de Octubre, abonando en el acto el importe de las matrículas. Cuando éstas se hagan por cartas ó por telegramas, no se atenderán si no se acompaña su importe, realizable antes de las carreras. Se permitirá inscribir caballos los días 19 y 20 á las indicadas horas, abonando doble matricula. Pero no se tendrán por admitidas ni rechazadas definitivamente las inscripciones, hasta tanto que los señores Comisarios de carreras pu-

bliquen la decision que, con arreglo al artículo 1.^o del Reglamento, hayan dictado sobre ellas.

2.^a Para las carreras de peso fijo, las personas que inscriban los caballos habrán de declarar, bajo su responsabilidad, el peso que les corresponde.

3.^a Las inscripciones para los dos últimos handicaps del tercer día se admitirán hasta las tres y media de su tarde; se harán precisamente por escrito, autorizándolas con su firma el dueño del caballo ó su representante, y se depositarán en el buzón colocado para este objeto en Secretaría, quedando sin efecto toda inscripción que no llene estos requisitos.

4.^a Con arreglo al art. 10 del Reglamento sólo se admitirán las inscripciones de los caballos nacidos en Portugal para aquellas carreras en las cuales á los españoles se les tenga concedida la reciprocidad.

5.^a Serán excluidos, con pérdida de la matricula, los caballos inscritos en los handicaps, si antes de correrse éstos no han corrido en Madrid ó en otro Hipódromo de la Península. (Art. 91 del Reglamento.)

6.^a Quedan dispensados excepcionalmente de cumplimentar el artículo 8.^o del Reglamento los dueños de las yeguas y caballos extranjeros que tomen parte en el Steeple-chase, en las carreras de saltos y en los handicaps del tercer día.

7.^a El precio, para los caballos inscritos en las carreras, por cada box que ocupen en el Hipódromo, será el de diez pesetas, y de cinco pesetas el de la valla; expidiéndose por cada box ó valla dos billetes de servicio.

8.^a En Secretaría se facilitarán ejemplares del Reglamento de Carreras de la Sociedad de Fomento de la Cría Caballar de España, que es el único por el que se rigen las carreras de esta Sociedad en todo aquello que no se oponga á este programa.

9.^a La Junta Directiva se reserva el derecho de alterar el orden de las carreras.

LA TRILLA.

II.

Para terminar lo referente á las operaciones mecánicas cuyo objeto es la recolección de los cereales, vamos á pasar una ligera revista á algunos aparatos que complementan dicha faena, y que en muchas ocasiones pueden prestar verdaderos servicios á los agricultores.

En las pequeñas explotaciones, ó en las alternativas, en que los cereales se suceden á largos períodos y no pueden dar abasto á una máquina de trillar, así como también en aquellas comarcas en que por no estar ocupados los animales de tiro, en la época de recolección, resultan más económicos los antiguos procedimientos de trilla, conviene emplear las aventadoras para la limpia y separación del grano de la paja.

Conocidos son los peligros á que quedan expuestas las mieses, después de trilladas en medio de las eras, esperando la problemática acción del viento para proceder el aventeo; la necesidad de aprovechar las corrientes de aire de día ó de noche, y con eventual duración; la irregularidad de las mismas, especialmente en esa época, y su variable intensidad, á veces excesiva y á veces insuficiente; lo penoso é incompleto del trabajo, y otros diversos inconvenientes bien sabidos de los agricultores.

De aquí que se tratase hace tiempo de regularizar y perfeccionar este trabajo, consiguiéndose por completo por medio de las aventadoras ó taras, que, produciendo artificialmente corrientes de aire, separan el grano de la paja, polvo y tamo con que está mezclado cuando la trilla no se ha

verificado con las modernas máquinas de trillar.

Estas máquinas, por su sencillez, fácil manejo y transporte, al par que por su bajo precio, son fácilmente accesibles á todos los agricultores, y sus resultados tan satisfactorios, que no es extraño se hayan generalizado en España, especialmente en las provincias productoras de granos.

El fundamento de todas ellas es próximamente el mismo: un volante formado por varias paletas que, animadas de un rápido movimiento de rotación, producen una corriente de aire de más ó menos intensidad, según la mayor ó menor velocidad del volante. Debajo de la tolva, y suspendidas por cadenas, existen unas cribas de alambre colocadas sobre bastidores de madera, pudiendo cambiarse según el diámetro del grano que se ha de limpiar; el movimiento circular del manubrio y del volante se transforma por medio de bielas en alternativo ó de vaiven en estas cribas.

Graduada la abertura de la tolva, se llena de grano y paja, tal como se obtiene de la trilla, y va cayendo sobre las cribas, sufriendo al propio tiempo la acción de las corrientes de aire producidas por el volante: el primero corre por un plano inclinado, desde donde se recoge convenientemente; en cuanto á la segunda parte, la más pesada cae por unos conductos dispuestos al efecto, y la parte más ligera es arrojada por cima de los cedazos á cierta distancia. Si la limpia no fuese completa á la primera vez, conviene repetirla otra.

Existen máquinas simplemente limpiadoras, y también limpiadoras, clasificadoras ó tararas, cribas que no solamente separan el grano, la paja y el tamo, sino que también clasifican el grano según su tamaño; estas últimas, que son las más perfeccionadas, no sólo llevan el volante descrito, sino también unas cribas ó cedazos de alambre numeradas, que pueden cambiarse según el diámetro del grano que se trata de limpiar.

Una de las que con frecuencia hemos visto usar en el Instituto Agrícola de Alfonso XII ha sido la aventadora Tasker, que ha limpiado por término medio de 70 á 80 hectólitros de cereales en jornada de diez horas, con dos obreros que alternen en el movimiento del manubrio y alimentación de la tolva; su precio es de 400 á 500 pesetas, según la criba, y su peso el que pueden transportar sin grande esfuerzo dos obreros; las hay también de mayor tamaño, que limpian mayor número de hectólitros.

De análogas condiciones y coste son las construidas por Ramsomes, que ejecutan un trabajo análogo.

El coste de la operación puede calcularse en 5 céntimos de peseta por hectólitro, ó sea una economía próximamente de un 50 por 100, sin contar con que la rapidez y regularidad de la operación permite llevar los granos al mercado en época oportuna.

Entre las aventadoras clasificadoras, una de las más usadas es la francesa de Vilcoq, que da un grano perfectamente limpio y clasificado; su coste y tamaño es algo mayor que las anteriores, pero también ejecuta más trabajo.

Las cribas clasificadoras son muy útiles en los graneros para quedar los cereales libres de piedras, malas semillas, granos rotos, etc., y separarlo por clases, según su tamaño, cuando conviene vender las semillas escogidas.

Con estos aparatos la operación es mucho más rápida y económica que con los arneros y cedazos, sobre ser más perfecta.

Merece citarse, por su sencillez y economía, la criba de Pernollet, formada por una tolva en la cual se echa al grano; un manubrio pone en movimiento un cilindro de palastro dividido en cuatro secciones y dispuesto en plano inclinado; la primera sección tiene su superficie horadada de agu-

jeros largos y estrechos que dejan pasar la tierra y los granos más pequeños; la segunda, agujeros redondos que dan paso á las semillas extrañas y menudas; en la tercera, también con orificios redondos, pero de mayor diámetro, separa semillas de bastante buen tamaño y calidad, y, por último, por la cuarta pasan los granos escogidos y mejores.

Unas espuelas ó cajones colocados en cada sección permiten ir recogiendo las cuatro clases de semillas; las semillas extrañas gruesas y la grava recorren todo el cilindro y salen por su extremo, merced al movimiento de rotación de éste.

Esta criba puede limpiar al día 50 ó 60 hectólitros de grano, necesitando para su servicio un obrero encargado de alimentar la tolva y un muchacho para el manubrio; su precio es de 200 á 250 pesetas, según tamaño.

Las cribas clasificadoras de Ramsomes son: unas sencillas, con un cilindro clasificador formado por rejillas de alambre, y otras provistas de un ventilador para hacer la limpieza aún más perfecta; sirven para toda clase de semillas, y su precio varía desde 500 á 800 pesetas.

La criba de Bobby se diferencia de las anteriores en que la limpieza del grano se hace en un tablero plano de alambres, que corre con rapidez sobre dos listones laterales, cuya inclinación se gradúa á voluntad.

Puesta en movimiento la criba por medio de un manubrio y dos pequeñas ruedas dentadas, el grano va pasando por las distintas secciones de la criba, que es atravesada por la tierra y semillas pequeñas, dejando correr el grano grueso y limpio que sale por el extremo inferior. El precio de esta criba varía entre 200 y 270 pesetas. Las hay también del mismo sistema, con ventilador análogo á las de Ramsomes, siendo su coste de 400 á 500 pesetas.

Por último, una vez limpio el grano, y ya en el granero, se desarrollan algunos insectos que causan muchas veces graves pérdidas. Para evitarlo, y tener los cereales en buen estado de conservación, existen diversos aparatos, sencillos y económicos, conocidos con los nombres de graneros móviles, matatínas y hélices insecticidas, en los cuales, ó bien sometido el grano á un movimiento frecuente ó choques entre sí, ó bien á la acción de paletas que giran con mucha velocidad, se impide que se desenvuelvan dichos insectos, con un gasto y trabajo insignificantes.

E. BONISANA.

EN EL VALLE DE LOZOYA.

Sr. Director de EL CAMPO.

Cuando leía anoche en los periódicos de Madrid que la temperatura se mantiene hace ocho días en esa á 36 ó 37° á la sombra, ¡qué satisfacción rebotaba mi ánimo! ¡Qué deliciosa frescura experimentaba mi cuerpo! Porque aquí rara vez alcanza el termómetro 28° al sol en pleno mediodía, viviéndose ordinariamente entre los 18 y 20, salvo las madrugadas y las noches, en que el fresco es casi inaguantable al aire libre. ¿Cómo, pues, no sentir regocijado el espíritu y confortado el cuerpo al pensar que con haber puesto de por medio 12 leguas, y sin salir de la provincia, ha podido uno librarse de las angustias y ahogos de la temperatura sahariana, y de esa atmósfera polvorienta y asfixiante que mata en Madrid toda energía física y sumerge el alma en las vaguedades de un sopor irresistible? ¡Y decir que en todo el valle no pasan de media docena los madrileños que han sabido apreciar los encantos de este clima y los placeres sin límites que brinda á los cazadores!

Porque, como decía á V. en mi anterior, ni siquiera faltan en estos deliciosos parajes ocasiones y facilidades para organizar monterías, no ciertamente con la ostentación, comodidades y resultados generalmente obtenidos en esas expediciones régias, ó meramente aristocráticas, donde las reses se cobran por docenas y las maravillas de la cocina dejan páginas brillantes en los fastos cinegéticos del Pardo, Riofrio, Benavente, el Socor y otros parajes de Despeñaperros; pero en cambio las expansiones del ánimo son en éstas más francas y sencillas, no inferior el apetito, y con seguridad mucho más bellos los parajes recorridos.

Cuatro amigos convienen en una cacería de corzos, y con invitar á tres ó cuatro cazadores del pueblo ó de los lugares próximos, alistar cuatro ojeadores expertos, con media docena de perros de castas, indefinidas, es verdad, pero no inferiores á los pura-sangre ni en vientos ni en instinto para rastrear y encaminar las reses; con preparar, en fin, las vulgares pero sanas provisiones que el país puede proporcionar, se tiene ya todo dispuesto para una expedición de veinticuatro horas, pasadas todas en el pinar que forma la divisoria entre las provincias de Madrid y de Segovia, por el puerto de Navafria. Eso hicimos hace tres días nosotros, y con el concurso del maestro de Canencia, Sr. Egües, las mejores piernas y el ojo más certero que yo he conocido; el letrado de Torrelaguna, D. Mariano Hernanz, enemigo terrible de las codornices de la comarca, que cuenta los años por los millares de víctimas que tiene hechas, y otros cazadores, hasta sumar siete escopetas, subimos al puerto al caer de la tarde para comenzar los ojeos al rayar el alba del día siguiente.

La casilla construida recientemente en la misma divisoria para la Guardia civil y los guardas de monte nos sirvió de cómodo albergue, y no hay para qué decir si en la espaciosa cocina, donde toda la noche estuvieron ardiendo pilas de leña seca, reinarian la alegría y el buen humor, alternando las bromas de todo género con los epigramas y cuentos de los más diversos colores. Entre cazadores fácil es adivinarlo.

La primera batida se dió al salir el sol. Media hora antes estábamos apostados en una línea que, partiendo de unos 500 metros de la casilla, se extendía hacia Oriente, dando cara á la provincia de Segovia, por donde los ojeadores y perros comenzaron su tarea. La mañana en esas alturas es siempre fresca; aquel día no podíamos resistir el frío, aun con los abrigos puestos, porque hubimos de pasar el tiempo á la sombra y bajo los pinos, aguantando un viento que, si por la altura en que nos hallábamos era frío, todavía perdía calor al contacto de las nieves perennes que, como inmensas sábanas, veíamos tendidas á derecha é izquierda, á algunos centenares de metros. Pronto, sin embargo, sentimos en el fondo de uno de los profundos valles, por donde el ojeo comenzaba, el alegre latir de los perros. ¡Las emociones comenzaron! ¿Por dónde vendrá la res? ¿Entrará en la línea de las escopetas? ¿Pasará á tiro? ¿Se matará? Estas incertidumbres tienen aquí un valor desconocido en las grandes monterías. Porque aquí el número de las reses es muy limitado y el terreno donde es necesario batirlas, abierto á todo el mundo, y tan dilatado y lleno de accidentes que, á no contar en primer término con la experiencia de los cazadores del país, que saben las querencias de las reses y sus naturales salidas, habria que renunciar á tales expediciones, ó al ménos, realizarlas con un número tal de escopetas y ojeadores difíciles de reunir en estos pacíficos pueblos. Por otra parte, la espesura del pinar limita mucho el terreno ofrecido á cada escopeta; así es que, si la res entra en

él, forzosamente ha de ser á corta distancia, razón que explica la costumbre de no cargar sino con perdigon del número 1.

Afortunadamente, la res movida partió en dirección de la línea de las escopetas. Primeramente se encaminó al centro, donde yo me hallaba, y tan cerca sentí el latir de los perros, que ya me creía destinado á darle muerte. Pero sin duda la interposición de algún perro ó el instinto de una mejor salida desvió el corzo hácia Oriente, y casi llegó á pasar junto á la casilla donde habíamos hecho noche, para ir á entrar por pendiente más suave en la misma línea de las escopetas. El primero en ella era el Sr. Egües, que, á unos 50 metros de distancia, vió al animal en el punto en que saltaba por unas peñas, y le dió el tiro de lleno en el espaldar izquierdo. La res cayó como herida por el rayo, sin dar más que un débil berrido al inclinar su esbelta cabeza, coronada por dos hermosas astas de tres puntas. Era, como se ve, un corzo de tres años.

Sangrada y recogida la pieza, fué conducida al sitio donde nos aguardaban las caballerías, y marchamos á colocarnos en los puestos para el segundo ojeo; pero ántes que la línea estuviera formada, los perros levantaron una hermosa corza, á la que se le pudo tirar desde lejos y en malas condiciones. La res, sin embargo, fué herida, pero no se cobró. Seguida á gran distancia por los perros y ojeadores, con rastro perceptible que iban señalando las gotas de sangre del animal, hubo necesidad de abandonar la persecucion, porque se hacía tarde y había dispuesto otro ojeo, en el que teníamos puesta toda nuestra esperanza. Se hablaba de batir un barranco donde dos días ántes habian sido vistos por los pastores un corzo, una corza y dos chivattillos, y todo hacia suponer que permanecían en los mismos parajes. Pero ello fué que las reses no salieron. Quizá el cansancio de ojeadores y perros; quizá también el calor que en aquella profundidad, expuesta enteramente al sol, se dejaba sentir á las once de la mañana, impidieron que el barranco, cubierto de espeso matorral, fuera bien batido. Tuvimos, pues, que dar por terminada allí mismo la expedicion, con gran regocijo de los estómagos necesitados de poderoso refuerzo. Y ya puede adivinarse si cada cual dejó bien puesto el pabellon en este punto. Lo más extraordinario de la comida fué, para envidia de los que en Madrid sufren los 37°, que la mesa se puso al sol, porque era imposible resistir el fresco bajo la sombra de los pinos. Esta circunstancia, á las doce del día 21 de Agosto, me parece digna de ser notada.

Pero no fué el paladar el órgano regocijado durante la comida. El sentido de la vista tuvo á la vez espléndido banquete, porque, para comer, habíase elegido un sitio al borde de un gran pinar, pero culminante entre aquellas enhiestas montañas. Por un lado se descubria gran parte de la provincia de Segovia, y á no estar oculta por un repliegue del terreno, hasta la capital misma, cuyo sitio todos señalábamos. Volviendo la vista á Mediodía, tendíase á nuestros piés el valle de Lozoya como un inmenso par de anteojos de cristales desiguales. El de mayor diámetro lo forma el espacio comprendido entre la carretera de Irun y la confluencia del rio de Canencia y el Lozoya, donde el valle se estrecha hasta no dejar apenas paso más que á las aguas, que tanto precupan hoy al vecindario de Madrid. En ese valle de poca monta están sembrados siete ú ocho pueblos, entre los que recuerdo Gargantilla, Pinilla del Valle, El Cuartón, Garganta, y aún Canencia. Pasado el estrecho, que se prolonga hasta el mismo pueblo de Lozoya, ábrese otra vez el terreno, y mientras de ambos lados las montañas aumentan su elevacion para ir á unirse á Peña Lara,

que cierra la semicircunferencia, la vegetacion se enriquece en la llanura y en la parte baja de las vertientes, hasta hacer casi imperceptibles los pueblos de Pinilla de Lozoya, Alameda, Oteruelo y Rascafría, semicultos entre las frondosidades de grandes bosques de pinos y hermosas alamedas de fresnos. Esta segunda parte es la más bella, la más sana y la que, bien conocida y apreciada, podría convertirse en hermosísima y barata residencia de verano para la poblacion de Madrid, á poco esfuerzo del Estado ó de la provincia para terminar una breve y cómoda vía de comunicacion.

Las precauciones sobre las aguas de Lozoya se han redoblado estos días. No parece sino que se trata de un enfermo desesperado, á juzgar por el número de médicos enviados al valle en consulta. Hay médicos delegados en Rascafría, en Alameda, en Lozoya, en Villavieja, en Gargantilla y en Somosierra, y todo para reconocer á los viajeros procedentes de Segovia que pasan por los puertos de esta cordillera, evitando que su contacto inficione las aguas del preciado rio. Aunque las cosas de la salud pública no se prestan á bromas, la verdad es que tanta, tan exagerada prevision, da motivo á más de un epigrama. Entre tanto seguimos privados de las sabrosísimas truchas que el rio contiene.

X.

Lozoya, 24 de Agosto de 1885.

APERTURA DE LA CAZA.—LA CODORNIZ.

No es una cosa sencilla resumir los fastos del gran día de la apertura de la caza y deducir una ú otra de estas conclusiones: ¿hay ó no hay caza este año? Si se consulta con veinte cazadores, se tendrán veinte opiniones distintas. Cada uno entiende que lo que le ha pasado á él, sea la regla, la ley, el evangelio de todos. El que ha vuelto con el morral lleno y un hombro contuso, dice: que desde que el mundo es mundo no se ha visto una jornada más magnífica. Otro, que ha tenido mala suerte, vuelve rendido, aburrido, quejándose de los cazadores furtivos y de la indulgencia de las autoridades; porque para que él no haya matado nada, es preciso que el bosque esté vacío y el llano desierto. Ahora bien: como los dos han cazado en el mismo canton, es difícil formar una opinion cierta.

Lo que sí creemos es que abundan las codornices. ¡Singular misterio el de las emigraciones de este pájaro! Misterio que el hombre ha sondado y en el cual, por cima de todos los cálculos, todas las suposiciones, todas las probabilidades, aparece la voluntad providencial de asegurar la conservacion de las especies.

El vuelo de esta viajera no tiene nada de la ligereza y audacia del de la golondrina; su vuelo, en largas travesías, es bajo y pesado. Apenas ha recorrido doscientos metros se detiene para tomar aliento; si se la persigue, si se la levanta varias veces, parece fatigada y busca una salvaguardia en la agilidad de sus patas. Sus ardores amorosos, su humor batallador, incitándola á caer en todos los lazos, son también para ella otras tantas causas de destruccion.

Ave puramente indígena, á pesar de su fecundidad, la codorniz habria ya desaparecido de los países civilizados. Á fin de prevenir la destruccion de una especie, á la vez débil y útil, la previsora Naturaleza, á pesar de las afinidades de este pájaro por la vida sedentaria, la lleva todos los años á las soledades asiáticas y africanas, donde toma nuevos elementos de vida.

Fisionómicamente, se puede comparar la codorniz, corta, rechoncha, recogida en sus formas, á la mujer de los campos, picante bajo sus grose-

ros adornos, infatigable en la obra de propagacion y de nodriza. Sin embargo, aunque excelente madre de familia, la codorniz se separa de este estimable modelo por su temperamento, que la acerca más á las mujeres de Oriente: como ella, es inclinada al engruesamiento precoz; tiene también la perfecta indiferencia de sentimiento y la sumision, en materia de amor, á los decretos de la fuerza y del destino.

El macho tiene á la vez del Lovelace y del capitán Tormenta. Forma parte de los privilegiados que no han conocido jamás la saciedad, y su ardor batallador es tan sincero que nunca deja escapar una ocasion de reñir. Si encuentra un rival, le combate con encarnizamiento, y la bella, que es el premio de la batalla, huye con el vencedor sin conceder una mirada de consuelo al vencido, aunque haya bosquejado con él algunos preludios al lindo nudo del matrimonio.

El año pasado fuimos invitados á pasar unos días de caza en la posesion de un amigo, y el primer día de batalla se marcó por un acontecimiento que vamos á relatar. Fiel á la tradicion, la hospitalaria casa que nos habia recibido, preparó una suculenta comida para despues de la jornada. Al levantarnos de la mesa, sea que cediese á la fatiga, sea que otras causas desarreglasen el equilibrio de sus facultades, un señor de gafas, tan espeso de cuerpo como de imaginacion, se dejó caer en el primer sillón que se le presentó.

Inmediatamente lo vimos levantarse, como si el asiento estuviese lleno de agujas, y apercibimos al mismo tiempo en el cojín, ahogado por la horrible presion que acababa de sufrir, el perrito de la casa, un precioso habanero, orgullo y capricho de la señora.

Mientras que tratábamos de volver la víctima á la vida, el majadero balbuceaba á la señora desconsolada esta singular excusa: «Señora—le decia con acento convencido—me he sentado, sin embargo, tan dulcemente, que, todos estos señores son testigos, el pobre animal ni aún se ha despertado.»

Las campesinas han sido largo tiempo refractarias al imperio de la moda: hace algunos años, en cada una de nuestras provincias llevaban el vestido tradicional, á veces pintoresco, siempre característico. El número sin cesar creciente de las jóvenes que la domesticidad desterraba del país, ha conquistado rápidamente prosélitos para los atavíos de la mujer de la ciudad, de los que aquellas multiplican los modelos al volver á sus pueblos.

Sin embargo, durante algunos años aún, nuestras lugareñas permanecieron fieles á sus peinados; despues, unas veces bajo un pretexto, otras por otro, en realidad porque ninguna quiere ser menos hermosa que la feliz criatura que ponía la moda de Madrid, aquellos típicos peinados desaparecieron á su vez.

Se acerca Setiembre, que es el mes del triunfo de la vida campestre: el idilio primaveral está ya lejos, y se han terminado esos alegres trabajos de la recoleccion, que hacen del verano una pastoral. Los forrajes amontonados embalsaman los graneros; las gavillas apiladas cercan los alrededores de la granja; el llano desnudo, jadeando bajo las íntimas caricias del sol, parece decidido al reposo. Pero para el hombre de los campos el ocio casi no existe. Ya los bosques empezarán á teñirse de tintes oscuros; pronto llegarán las neblinas de la mañana y de la tarde, la más rápida venida de la noche, y todo esto le anuncia la vuelta de los rudos trabajos, y que va á sonar la hora de la labor.

El jardín está en toda su expansion; las plantas de otoño, las verónicas, los ageratumas, las crisantemas, las petunias, etc., como si supieran que están contados sus días, se abandonan á una

verdadera orgía de vegetación y de florecencia. La dalia es la más pródiga de estos representantes de la flora otoñal y será uno de los más tenaces.

F.

UNA AVENTURA DE CENTINELA.

I.

Tenía veintidos años; era blanca y rosada; su abundante y sedosa cabellera, rubia como la de la Jocunda, formaba al rededor de su frente una aureola de oro, en la que el sol parecía ocultarse; tan brillantes eran sus reflejos. Sus grandes ojos azules, sombreados por negras pestañas, á las que no eran extraños los cosméticos, le daban un aire atrevido y provocante. Era la juventud y el encanto, la vida y la alegría. La habréis visto en los teatros, en los paseos; y si por la noche, al pasar por algun *restaurant* célebre, habeis oído una alegre risa vibrar como sonido metálico y dominar el alboroto de la fiesta, de seguro esa risa era la suya.

La risa era en lo que más sobresalía. Cuando una idea insensata venía á su imaginación, y es preciso confesar que éstas abundaban en aquella cabecita, ¡Dios! cómo ponía en movimiento los cascabeles de su alegría, y cómo daba al viento las escalas de su risa, sonora como canto de pájaro. Y todo reía en ella: sus ojos, sus narices transparentes se dilataban; su boca de niño, de labios rojos y gruesos, se entreabría y dejaba ver dos filas de dientes, embutidos en coral; una boca sobre la que los besos parecían darse cita.

Y ninguno la resistía; era preciso dejarse subyugar; la risa, que era su gran atractivo, era una especie de fusil de aguja, con el que enviaba al corazón ó á la cabeza los deseos y sueños más extravagantes. ¡Era una encantadora y extraña criatura! ¡Sus padrinos la habían bautizado con el nombre de Loulou! ¡Decidnos si semejante nombre predispone á la vida seria!

Cuando preguntaban á Loulou si había tenido en su vida uno de esos amores violentos, que dejan una huella indeleble en el corazón, tomaba un aire grave, melancólico; sus ojos azules miraban al cielo como buscando en la inmensidad algun sueño evaporado; algunas veces una lágrima asomaba al borde de sus largas pestañas, y quedaba absorta en las amargas delicias del recuerdo de días felices. Entonces admiraban su fisonomía extasiada, cuya belleza natural prestaba á la emoción del momento un gran encanto.

Respetaban su silencio y pensaban en los tesoros de afección y de poesía que hubiera podido dar esta deliciosa criatura al que dominara por el amor las rebeliones de su loca cabeza.

Pero su tristeza pasaba bien pronto; arqueaba los labios y lanzaba de pronto su risa, que tenía tan especial sonido.

—Estas cosas sólo á mí me suceden—decía;—¡qué tontera hacerme pensar en aquel tiempo!—Después, secando sus ojos y enseñando el pañuelo en que las lágrimas fugitivas habían dejado negras señales:—¿Ven VV.? Me hacen llorar tinta de China.

Se sabía, y ella no hacía misterio de ello, que sus pestañas y cejas tenían relaciones constantes con los productos químicos con que la ciencia ha dotado al tocador de las señoras.

Era un singular episodio de su vida, que hacía pasar por sus ojos este triste sueño, tan pronto evaporado en una carcajada, la historia de sus amores con Luciano el poeta.

En efecto, esas cosas no podían suceder sino á ella.

II.

Se habían encontrado en el campo, á donde habían ido, ella, á veranear; él, en vena de poesía; ella, para beber leche y cultivar la virtud; él, con el pretexto de buscar rimas bajo la sombra de los árboles.

Una tarde, al entrar en la sala de la fonda donde se alojaba, Luciano vió á la joven, que comía en una mesa colocada delante de la en que él lo hacía. Leía un libro, y apenas lo miró al entrar; Luciano, que hacía poco tiempo había sufrido decepciones de amor, componía un largo poema contra la mujer, en que amontonaba las acusaciones más monstruosas, las paradojas más atrevidas contra el «sexo pérfido».

Se rebelaba en los términos más furibundos contra el despotismo y traiciones de esta raza cruel, incorregible, cuya primera acción, dicen los libros santos, fué destruir todas las felicidades del hombre. «No quiero amar más», era su refrán. Renunciaba á los Satanes con enaguas, y se refugiaba tranquilo y fuerte en los brazos de la Poesía y el Arte: éstos dos fieles amantes, que no cuestan lágrimas ni disgustos (es Luciano quien esto decía); y sobre este tema, se elevaba á las mayores alturas de una inspiración calenturienta, sin conocer el pobre que su cólera era aún amor, y que nada está tan cerca de los tormentos de una pasión burlada como el arco iris de una nueva.

En esta disposición de espíritu, no había hecho atención en la joven, en aquella enemiga que tenía tan cerca. Se sentó, colocó á un lado el diccionario de rimas, un lápiz y papel, y empezó su comida, interrumpiéndola á cada momento para añadir nuevos versos al poema.

Acababa de concluir una estrofa y escribir muy satisfecho su eterno refrán «no quiero amar más», cuando levantó los ojos y vió delante de sí una opulenta madeja de sedosos cabellos, que parecían filigrana de oro, y bajo ella una nuca lisa y blanca, y un cuello sujeto por las más graciosas curvas á dos hombros redondos y llenos de seducción. Á pesar de sus recientes execraciones, fijó largo rato sus ojos sobre aquellos atractivos. ¡Desconfía, poeta!

Sin embargo, volvió á sus versos y comida.

Loulou, por su parte, había separado su atención del libro, y de cuando en cuando dirigía, no sin esfuerzos, una mirada curiosa hacia el poeta.

Estaba sorprendida (el hecho le parecía imposible), que hacía media hora se encontraba junto á ella un joven, y no le hubiera hecho el honor de admirarla y dirigirla la palabra. ¿Quién podía ser este intruso?

En este momento Luciano, que leía una nueva estrofa y parecía encantado de ella, levantó de nuevo los ojos y encontró los de la joven, que lo examinaba al soslayo.

—¡Vive Dios! ¡qué ojos azules tan hermosos!—exclamó el poeta, y siguió su trabajo.

Loulou, que se había ruborizado ligeramente al mirarla Luciano, llamó por hacer algo.

Á poco apareció Roberto, el dueño de la fonda, que sus íntimos clientes llamaban Serafin. Era un hombre bajo, de figura alegre, rubio, colorado, llevado por dos piernas pequeñas. Parecía un ángel de Rubens al que había crecido la barba y el vientre, y que un sastre había puesto un gaban así que pasó la edad de la desuudez aceptada. El mejor hombre del mundo, fondista de vocación, atento, y muy conocido de los que concurrían al campo durante el verano.

—Señor Roberto—dijo Loulou al fondista, aparentando estar enfadada, y enseñándole una botella comun sin polvo ni sello—¿cómo ha podido entrar en su redonda cabeza que yo bebería el Burdeos que me sirve V.?

—Perdon, señora—respondió Roberto sonriendo graciosamente. Se sonreía mucho Roberto cuando estaba cerca de la joven. ¿Qué quiere usted? Se es hombre aún siendo fondista, y, preciso es confesarlo, Roberto era enamorado, y se había reservado el cuidado de servir él mismo á la linda viajera; y esto, ¡con qué cuidados, con qué miradas!

De todo lo cual se había apercibido su esposa, y se había prometido poner orden en ello.

—Perdon—dijo Roberto;—¿me habré olvidado?..... Sería imperdonable; ¡vino ordinario á usted!.....

—No es porque sea malo.....

—No, ciertamente—dijo Roberto;—pero.....

—Pero es detestable—dijo Loulou.

—¡Oh! tiene V. razón—añadió Roberto.

Este grito de dolor del fondista excitó una fuerte risa en Loulou.

—¡Qué chica tan alegre!—pensó Luciano, cerrando su diccionario.

Roberto había desaparecido. Loulou reía aún sola, y Luciano ardía en deseos de entrar en conversación con la extraña joven que tenía delante. Su honra estaba allí, protestando contra sus deseos, recordándole sus deberes de la víspera, y el juramento que había hecho de no exponerse á nuevos peligros.

Pero también cerca de él estaban la juventud y la alegría, y á pesar de sus juramentos se sentía arrastrado fatalmente hacia esas sirenas, hacia ese feliz rayo de sol con que soñaba animar de nuevo su corazón. Dudó, sin embargo, y una corta lucha se entabló entre su razón pasajera y la eterna locura despedida el día anterior, y tentando de aprovecharse de él otra vez.

—¡Amar! ¡sufrir!—volvió á repetir.—¡Bah!—añadió mirando sus versos.—¿Quién sabe dónde está la verdad? Vivir, gozar, amar, reír, ¡ésta es la receta de los sabios y de los felices!

—Señora—dijo resultadamente á Loulou—hace diez minutos que busco inútilmente en mi cabeza una razón plausible para dirigirle la palabra..... Por esto tomo el partido de dirigírsela sin motivo.

—¿Y sin..... versos?—preguntó maliciosamente Loulou, que no había dejado de observar que su interlocutor ajustaba alejandrinos.

—Sin versos—dijo Luciano, guardando precipitadamente su poema.—Señora—continuó—yo era, hace un momento, el más triste, el más desanimado de todos los que creen tener quejas de la suerte; echaba pestes contra el género humano, no habiendo aún tenido el honor de saber que V. formase parte de él. Os he visto, os he oído.....

—¿Oído, dice V.?—dijo Loulou.

—Y no sé cómo ha sucedido—significó Luciano;—pero la vida me parece de pronto una agradable cosa cuando se puedan iluminar sus tristezas á los rayos de su deliciosa alegría. ¿Se enfadará usted si la suplicase dejarme continuar la cura?

—¿Cómo no?—respondió riendo la joven.—¡Ilumínesse V., ilumínesse V.!

Una vez encontrado el primer hilo roto, la conversación continúa, viva, alegre, espiritual, porque nadie replicaba como Loulou, y Luciano, descendido de las oscuras nubes de la poesía, no era hombre de quedarse atrás.

Loulou, para responder á Luciano, colocado detrás de ella, tenía que volver su silla, lo que, vista la frecuencia de las interpelaciones, no dejaba de ser enojoso.

—¡Dios mío, caballero!—dijo de repente.—Si continuamos así mucho tiempo la conversación, á los postres tendré un tortícolis complicado. ¿No pudiera V. evitarme esta molestia, trayendo, por ejemplo, su cubierto frente al mío?.....

En ménos de dos minutos Luciano se había pasado con armas y bagajes al sitio indicado.

Roberto entró. Al ver esta nueva disposición y esta reunión tan pronto resuelta por la fantasía y el desprecio de los usos, se paró, clavado en la puerta, en la actitud del dios de la admiración. La amable señora Roberto que le seguía, temiendo contemplación tan prolongada, le señaló sonriéndose la alegre pareja.

¡Era toda su venganza! Roberto miró entonces á Luciano, guiñando un ojo, como mozo de *restaurant* que ha visto de cerca, ántes de ser amo, los misterios del gabinete particular. Despues, sin que se lo pidieran, trajo copas de Champagne, las colocó silenciosamente delante de los jóvenes y se retiró.

Observaron que durante la comida el fondista hacía preceder su entrada de largos y violentos golpes de tos. ; Roberto era hombre de experiencia!....

Las copas llamaban el Champagne; vino éste, y nuevas alegrías brotaron del cuello plateado de sus botellas.

Hablaron de todo, y aún de otras cosas, y no había pasado una hora, y ya eran los mejores amigos del mundo. Luciano sabía el pasado de Loulou y sus proyectos virtuosos; Loulou estaba al corriente de la vida de Luciano, de sus esperanzas antiguas, de sus penas nuevas.

—¿Qué escribía V. ahora?—preguntó ella—; Tenía V. un semblante dramático tan alegre! ; Enséñeme V. eso!

—Esto, señora—respondió Luciano, ruborizándose ligeramente—me hace un poco el efecto de ser una escuela funeraria; ahora mismo pienso en cambiar el desenlace.

—Un drama del que quiere V. hacer una pieza? ; Dios mío! no es muy difícil eso; basta concluirlo con una boda.

—Precisamente es lo que yo pensaba ahora.

Callaron algunos momentos. Loulou se levantó, tomó su abrigo, sombrero y sombrilla, y le dijo:

—Usted es un buen muchacho; ha sufrido y yo también; tengo sobre muchas cosas su misma opinión, á pesar de las apariencias, porque yo pienso á menudo más de lo que se cree; no es todo color de rosa en nuestra vida, y si me rio tanto, más de una vez es por no llorar. Podemos entendernos. ; Somos artistas! Estoy tan cansada de la vida que llevo, que un día, armada de valor, he huido y he venido aquí á mi Tebaida. Pero me aburre; no tengo el heroísmo de la soledad; siento rebelarme, y me parece algunas veces oír en el aire, en la noche, en el viento, voces que me dan malos consejos. ; Quiere V. ser mi amigo?

—¿Puede V. dudarle?—dijo Luciano, apoderándose de la pequeña mano que se le ofrecía.

—Mi amigo—contestó Loulou—¿lo entiende usted?

Me hará V. compañía, me defenderá contra mi misma, me dirá buenas cosas, como creo sabe decir; sembrará un poco de buenas ideas en mí; en fin, me dará V. fuerzas para cumplir mi programa. ; Quiere V.?

Luciano hubiera aceptado en aquel momento cualquier empleo que le permitiese pasar sus días al lado de la joven.

—Así, es cosa convenida; V. es mi amigo—insistió Loulou.

—Amigo sincero, pronto á todo sacrificio y pruebas.

—¿Hasta llevar líos?....

—Sí, hasta llevar líos.

Loulou le dió para que llevase su sombrilla y abrigo. Despues, tomándole el brazo, le dijo:

—Vamos á pasearnos.

(Se continuará.)

ESTABLECIMIENTO DE BAÑOS SULFUROSOS

DE

ESCORIAZA (GUIPÚZCOA).

TEMPORADA OFICIAL:

DEL 15 DE JUNIO AL 20 DE SEPTIEMBRE.

Hállase situado este afamado y grandioso Establecimiento en el valle de Leniz, uno de los más pintorescos y risueños de las provincias Vascongadas, y distante cuatro leguas de Vitoria y otras cuatro de Zumárraga.

Existen al rededor del Establecimiento amenos paisajes, bosques frondosos y extensas alamedas, lo que, unido á las virtudes medicinales de sus aguas y á sus excelentes condiciones higiénicas, coloca á estos baños entre los primeros de su clase.

Hay en el mismo Establecimiento estación telegráfica, y el servicio de correos está tan bien arreglado, que se reciben cuatro de éstos al día.

Para recreo de los señores bañistas cuenta el Establecimiento con un salón de baile, gabinete de lectura y tresillo y sala de billar; y en la parte exterior, tiro de pistola, columpios y juegos campestres.

En la administración se facilitan coches para paseo, viajes y excursiones á los puntos más importantes del país vascongado.

Existen tres fuentes de aguas sulfurosas cálcicas, pero de distinto grado de mineralización y temperatura, circunstancia de gran valor en la terapéutica hidro-mineral y sus aplicaciones: el manantial de Torrevaso, y los de Esteibar y Bolívar.

MANANTIAL DE TORREVASO.

PREMIADO CON MEDALLAS DE ORO Y PLATA EN LAS EXPOSICIONES DE MADRID Y PARÍS.

Este manantial es el más antiguo del Establecimiento. Analizadas sus aguas por el catedrático de la Universidad de Madrid, doctor D. Manuel Ríos y Pedraja, resultaron ser sulfurosas-cálcicas, azoadas ó nitrogenadas.

Poco cargadas de gas sulfhídrico, con bastante nitrógeno y ácido carbónico, y mayor temperatura que las otras fuentes, constituye este venero una especialidad en su clase, muy semejante al renombrado de Aguas-Buenas, en Francia, y digno de ser recomendado por los señores facultativos á los enfermos de la garganta y de los bronquios. En los muchos años que cuenta de existencia este manantial, han usado sus salutíferas aguas millares de enfermos de dicha clase, comprobándose que tienen una acción especial bien marcada para la curación de las enfermedades del aparato respiratorio, laringitis y bronquitis catarrales, herpéticas, escrofulosas, angina granulosa, ronquera ó afonía y demás enfermedades de dichos órganos, incluso la tisis pulmonar, no siendo marcadamente críticas ó febriles.

MANANTIALES DE ESTEIBAR Y BOLÍVAR.

Las aguas analizadas por los catedráticos de la Universidad de Madrid, doctores D. Magin Bonet y D. Manuel Sáenz Díez, han informado:

Que el agua del manantial de Esteibar es sulfhídrica fría, sulfatada-cálcica, ferruginosa y contiene litina.

Que la del de Bolívar es sulfhídrica-fría, sulfatada-cálcica, ferro-mangánifera y contiene litina.

Estas aguas están indicadas en los mismos casos que las de Torrevaso; pero por ser muy superior su mineralización la citan especialmente cuando las enfermedades ya citadas son antiguas y rebeldes. Hállanse igualmente indicadas en las sífilides y reumatismos, en las enfermedades nerviosas que no son resultado de una lesión orgánica, en la diatesis úrica, en la obesidad y en todas las que predomina el empobrecimiento orgánico. Obzan además como poderoso resolutorio en los infartos ganglionares y viscerales.

Con las mejoras recientemente introducidas, el balneario de Escoriaza tiene las siguientes instalaciones:

Fuente de Esteibar y Bolívar, y fuente de Torrevaso, con sus correspondientes gabinetes para inhalación natural.

Sala de pulverizaciones, en la que existen pulverizadores de tres sistemas.

Catorce cuartos de baños, con grandes y cómodas bañeras de mármol y con aparato para ducha móvil, caliente y fría.

Sala de duchas, conteniendo: ducha móvil caliente, fría, mixta y escocesa; ducha nasal, auricular y ocular; ducha rectal y baño de lluvia.

Un cuarto con dos aparatos distintos, destinados al tratamiento de las enfermedades de la matriz.

Cuarto destinado al baño de vapor general y parcial, con aparato para ducha fría.

Cuarto destinado á estufa seca, ó sea á la sulfación ge-

neral y parcial, con aparatos á propósito para duchas frías aromáticas y de círculos.

Entre la estufa de vapor y seca existe una piscina de agua corriente.

La fonda á cargo de D. Juan José Heriasti.

LA YEGUA DEL DESIERTO.

La navegación á la vela ofrece muchos peligros en el mar Rojo: las orillas son inhospitalarias, las arenas móviles y los vientos tumultuosos y variables.

El piloto no puede nunca descansar en su experiencia para creerse en seguridad en los mismos parajes que ha pasado la víspera sin accidente. Cuando en nuestros días se va de Suez á Bombay en un vapor, por la favorable permanencia de las brisas del mes de Mayo se pudiera creer, cuando se recorren las costas, que se está en un lago cuyas aguas no alborota nunca la tempestad. El viento ha refrescado y el sol se ha ocultado tras una gasa amarillenta y ensangrentada, cubriendo el horizonte un cielo de añil; el barco prudente toma en seguida el largo y busca en medio del golfo los sitios de agua más profunda. Allí al ménos, si los bancos de arena que aparecen á la vista desapareciesen como por milagro; si de repente, sobre la capa de agua que se percibe, se formase un aluvion formidable, al ménos no hay que temer las corrientes que llevan sobre los bajos fondos y las rompientes de coral. Pero lo que es posible á la fuerza del vapor, no lo es siempre á la fuerza incompleta de los barcos de vela, que á pesar de su orientación, una vez comprometidos en las corrientes, ceden poco á poco á su acción irresistible: cuando la tempestad los sorprende así, el naufragio es inevitable. Las poblaciones de la costa, y á veces los beduinos del interior, están atentos á los signos precursores de esas grandes perturbaciones del mar, y cuando el cielo amenaza acuden á la orilla atraídos por su instinto de rapia.

Ved á la altura de la isla de Namali esas tropas de jinetes árabes, que parece salen del fondo de las arenas. Los vientos del Mediodía están desencadenados, las aguas del golfo se estrellan sobre la playa con horrible estrépito. Las malvas de pico rosa lanzan gritos agudos, describiendo sus vastas parábolas en el aire; el águila de las montañas se cierne inmóvil, á pesar de las oscilaciones de la nube. Un brick barca, con pabellón inglés, está en la costa; su quilla se halla profundamente encallada, y á cada ola que choca contra el casco inclinado se espera verla desaparecer. La tripulación ha perdido la esperanza de salvar el barco: algunos marineros se deciden á echarse á nado para ganar la tierra, que no conseguirán.

Durante este tiempo, los beduinos, cuyos blancos albornoces flotan al aire, corren de un punto á otro de la playa en grupos unidos y compactos; otros, separados por la costa, levantan los brazos y parece que llaman á sus compañeros retrasados; otros aún tratan de ir al mar en pequeñas embarcaciones, pero las olas son duras y se oponen tenazmente á su tentativa. ; Les escaparán los restos, devorados enteramente por el mar? Lanzas gritos salvajes, como si quisiesen que los oyese el Profeta, y estos gritos se pierden en los ruidosos silbidos de la tempestad.

Pero momentos despues se dislocan los costados del barco, y faltando este último refugio á los naufragos, no les quedan sino los restos espurcos, á los que se agarran con la energía de la desesperación. Casi en el mismo momento en que la tempestad concluye con el barco, se vió llegar á la costa otra tropa de beduinos.

El que venía á la cabeza tenía una celebridad que no permanecía contenida sólo en los límites del país que habitaba. Se hablaba de él en Medina, Mascate, Damasco y la Meca, porque Jabal era el poseedor de la yegua de más fama entonces en Arabia. Este animal extraordinario, su rival tanto por la belleza de sus formas, como por su resistencia é increíble velocidad; esta flor del desierto, era una hija de oasis del Thidór, donde vivía Jabal, á unas quince leguas al sudoeste de Moilah.

El barco, al destrozarse, dejó sobre las olas una parte de las riquezas que contenía, y á su vista los beduinos redoblaron sus frenéticas aclamaciones. Los más atrevidos entraron en el agua; pero habían pasado al rededor de la cintura una cuerda cuya extremidad quedaba sujeta en la playa por otros de sus compañeros. Todos sus esfuerzos se dirigían hácia las cajas y fardos que flotaban: ninguno se preocupaba de los cristianos que perecían á su vista.

Sólo Jabal tenía fija la vista en un grupo de hombres agarrados á los ángulos de una roca que sobresalía á algunos cables de la costa. Ningun barco se atrevía á aventurarse, y ménos un nadador. La yegua de Jabal, á los relámpagos de la tormenta y ruido de las olas, dilatada sus anchas narices, que parecía tener placer en llenar con aquel aire de tempestad; la cola, al recurrirse, dejaba lucir sus crines sueltas por los esfuerzos del viento, y relinchaba de alegría.

Algunos de los beduinos, cediendo á la admiración que

siempre causa en ellos las bellas formas de su caballo de sangre, se distraían del espectáculo del mar y del botín que les esperaba por mirar á la yegua de Jabal.

— ¡Feliz Jabal! — decían — el Profeta te ha dado un anticipo del paraíso, haciéndote poseedor de esta perla sin tacha.

Se puede asegurar que en el fondo de sus corazones aquellas palabras encubrían un acre sentimiento de codicia y de envidia. En efecto, Jabal era el más favorecido de los creyentes del desierto, y se hinchaba de orgullo cada vez que se encontraba con su yegua en presencia de las tribus amigas ó rivales.

— ¡Eh! que va á hacer hoy este amigo de los cristianos — preguntaban algunos beduinos, señalando á Jabal que veían inmóvil sobre su yegua á la orilla del mar.

Jabal pasaba en efecto, y de larga fecha, en el desierto, por amar á los cristianos. No había querido olvidar que, atacado de la peste en Damasco, abandonado de sus her-

manos los musulmanes, hubiera perecido sin una manta para cubrirse del frío, sin una gota de agua para apagar su sed, si un médico inglés no le hubiera prodigado todos los auxilios de la ciencia y de su bolsa. Al salir de las garras de la enfermedad había jurado no ser jamás enemigo del nombre inglés.

— El viento y el mar no le son hoy favorables — decían los jinetes que hablaban de Jabal — y si esto continúa verá perecer á aquéllos sin poder ir en su ayuda.

— Dios es grande — respondió Jabal — y nada es imposible á mi yegua.

— Si, ya lo sabemos; es el viento del llano, el relámpago de la tempestad; es como la bala en la pelea, no tiene hermana en este mundo, es una golondrina; alcanza á la gacela y al antilope ántes que hayan dado dos saltos; dice al águila: baja ó subo hasta tí; tiene el valor del toro y del jabalí; pero Dios no ha querido que fuese también la dorada de los mares.

Jabal, que ha sentido el instinto de su yegua, sus estremecimientos nerviosos, toca sus costados con sus largas espuelas, y al mismo tiempo le pelliza la oreja derecha; pero este último movimiento lo ha hecho con precaución cabellística y de manera que ninguno de los asistentes pudiese observarlo. Hé aquí por qué:

Cada beduino, al anastrar el animal que monta, le enseña á obedecer á alguna misteriosa llamada para las circunstancias importantes ó desesperadas; son consignas, gritos de alarma que quedan secretos para todos, y que ignora á veces el propio hijo del dueño del animal. Una fuerte presión del talón, y un pellizo en la oreja derecha, era el signo característico á que recurría Jabal, en los momentos supremos, para obtener de su yegua, ó su mayor velocidad ó un enérgico esfuerzo de su valor.

Habiendo comprendido la yegua lo que su amo esperaba de ella, relinchó de nuevo y partió con la violencia del rayo en la dirección que le indicaban, es decir, hacía el mar.



ESTABLECIMIENTO DE BAÑOS DE ESCORIAZA.

Las olas eran tan fuertes que caballo y jinete desaparecieron sepultados bajo aquellas altas y móviles montañas de agua; pero pronto volvieron á la superficie y ganaron el largo.

Los beduinos no podían separar su vista de aquel animal que, decían, daba á su dueño tantas satisfacciones como pelos tenía en su cuerpo. La veían desahullar y atravesar la ola, y cuando había pasado, sacudir su cabeza chorreando agua, y después relinchaba; en fin, Jabal llegó á la roca. Uno de los hombres que se encontraba allí le preguntó qué podían hacer por secundar sus intenciones.

— Colgaros uno de vosotros á cada una de mis botas — respondió Jabal, que al mismo tiempo hacía maniobrar á la yegua para facilitar aquel movimiento.

Los naufragos obedecieron, y empujada por el viento y el mar, la yegua de Jabal, unos minutos después, abordaba la orilla, donde los ponía en seguridad. Jabal volvió al mar en seguida para repetir esta peligrosa aventura, pero en

vano; toda la tripulación había desaparecido, trágada, barrida por el Océano. Se volvió á la orilla, que en gran extensión estaba cubierta de los restos recogidos por los beduinos, que se ocupaban en clasificar su botín. Jabal se acercó á los dos ingleses, y les habló con dulzura y compasión.

— Milord — dijo entonces uno de los hombres á su compañero de infortunio — este generoso árabe dice que debemos ahora tranquilizarnos porque somos huéspedes que Dios le ha enviado.

Cuando se convencieron que toda la tripulación del barco había perecido, y después del reparto de los lotes, cada tribu tomó el camino de sus tiendas. Los ingleses fueron colocados sobre un camello, á la cabeza de la pequeña caravana que obedecía á Jabal, y se pusieron en marcha.

La fama de su yegua adquirió nuevo brillo con el éxito de este maravilloso salvamento, y no hubo otra cuestión, en todos los palacios de las ciudades y en las tiendas, sino las cualidades sobrenaturales con que Dios había dotado á

aquel noble animal. Los enemigos de Jabal, y los que le envidiaban la posesión de su yegua — estos últimos eran numerosos — ponían un énfasis artificioso en los elogios que le prodigaban. Esperaban de este modo excitar en los jefes el deseo de apropiársela. El agá de Medina se acordaba perfectamente de esta yegua, que había admirado muchas veces; sabía su genealogía y todas sus proezas; conocía su vista penetrante, que podía ver en una noche oscura un pelo negro en la brea; sabía su vigilancia durante el sueño de su amo; su sobriedad, que le permitía, en caso de necesidad, contentarse con algunas hojas de palmera; su olfato, que en el llano ventaba el león que descendía de la montaña; en fin, pensaba que la belleza de su pelo bayo quemado y de sus formas ofrecerían un espectáculo digno del Profeta, bajo los arneses de oro y seda con que él la cubría. Hizo llamar algunos hombres astutos y hábiles, y los encargó negociar la compra de la yegua, á cambio de ofertas muy liberales. Pero Jabal permaneció sordo á esta

proposicion, á pesar del tono de intimidacion que algunos intermediarios tomaron.

El estaba ocupado de la hospitalidad para los dos extranjeros que habia recogido. Uno de ellos, que hablaba el árabe como para hacerse comprender, le dijo que su compañero era su amo, que habia salido de Londres para ir á Persia, de donde debia volver, por Bagdad y Alejandria, á su patria.

Este extranjero era casado, y tenia, como Jabal, un hijo muy jóven, del que se habia separado obligado por su deber.

—Sí, picado en el flanco por las espuelas de la necesidad—dijo Jabal.

—De otra manera—continuó el inglés—no hubiese pensado nunca salir de mi país.

—¿Tú lo amas?

—Sí, es un grande y poderoso imperio. Si alguna vez tienes tentacion de verlo, el que te debe la vida será dichoso de hacerte los honores, aunque su condicion no sea muy grande.

—Gracias; que el Profeta te haga volver sano y salvo; mis pensamientos te acompañarán; Jabal no puede alejarse de las tierras libres y vastas donde el destino ha colocado su tienda.

—Pero la vida es dura aquí.

—Ah! si tú conocieras los secretos del desierto, no hablarías así; vida de movimiento, bendecida de Dios y léjos de los sultanes.

—La Inglaterra es un país más libre aún que los desiertos.

—Quiero creerte; ¿pero dónde encontraré yo su aire embalsamado que dobla la vida, puesto que no ha pasado por las impurezas de la ciudad? ¿Quién me devolvería mis cacerías al salir el sol y nuestros días de emigracion, cuando á la cabeza de nuestros camellos, que llevan nuestras tiendas, nos alejamos del vecino que nos molesta y de la afrenta que no podemos vengar? Además, ¿qué sería sin mí de mi familia y mis rebaños: mi amada yegua, que relincha y se estremece por la noche cuando le presento su racion de cebada? Mi corazón es del desierto y allí debe morir; allí sólo está la independencia, el verdadero lujo de la vida.

—Tu yegua es tu primer amor, ¿no es eso Jabal?

—Escucha: la amo, es verdad, porque Sidi-Aomar, el compañero del Profeta, nos manda amar los caballos y cuidarlos como á nuestros hijos; pero tambien la amo por que es mi discípula, la he enseñado como hacia mi padre y porque es invencible en la carrera.

—¿Y es para tí una fuente de inefables goces esta superioridad sin igual?

—Es una bendicion de Dios que hace mi orgullo y mi alegría.

—¿Eres celoso de su fama?

—Sí, por amor de la verdad y de la justicia. No podria sufrir que se empañase su fama. Si alguno en un momento de cólera me acusase de una mala accion, me siento con bastante calma para despreciar su ofensa; pero si dijese que mi yegua habia sido vencida en la carrera, responderia que habia mentido, porque esto no ha sucedido ni podrá suceder. Pero si para mí esta tierra contiene los únicos tesoros que me importan, no olvido que tus riquezas, tus afecciones y tus alegrías están en otra parte. Tu deseo es marcharte; pues bien, señala el día de tu partida y se harán todos los preparativos de tu viaje. ¿Dónde quieres ir?

—A Medina, donde encontraré un cónsul de mi nacion.

—Nosotros te acompañaremos.

—Es muy léjos.

—No hay distancias para nuestros caballos, su velocidad va como el pensamiento. Tu montarás uno de nuestros mejores discípulos, ó el camello que te ha conducido aquí, á tu gusto. Varios amigos y yo formaremos tu escolta, y no te dejaremos sino cuando te veamos fuera del alcance de los merodeadores del desierto.

—Escucha, Jabal: me has salvado de la muerte; me has acogido generosamente, despues del naufragio, en tu tienda, donde me has tratado como hermano, y has llenado mi corazón de reconocimiento y amistad. Sábete bien, Jabal: el que has obligado así conoce vivamente el valor de un beneficio tan santamente llevado á cabo con él, y no lo olvidará.

Al terminar esta conversacion se oyó la voz del muezzin. Jabal se alejó para disponerse á la oracion por la purificacion como prescribe el código religioso de los musulmanes.

Era una espléndida tarde; los vientos dulces del desierto traían emanaciones primitivas de aromáticos y de almizcle; el cielo estaba claro, las palmeras tenían sus flechas inmóviles en el aire como árboles de esmalte. Los rebaños, diseminados en un vasto círculo, convergían dulcemente hacia su centro comun, la tribu. Todo aquel paisaje grandioso, y cuyos móviles accidentes parecían aspiraciones sonambúlicas, llamaban el alma á la meditacion, y era fácil comprender, ante aquellas solemnes escenas, cómo nace, crece y llega tan alto el espíritu religioso entre los árabes.

Despues de la oracion, Jabal fué á una tribu vecina para

concertar con sus amigos la partida de sus huéspedes. Cuando volvía á la tienda, fué de pronto sacado de sus reflexiones por la voz de un mendigo, sentado en el camino, que imploraba socorro. El carácter del árabe se sabe que ofrece singulares contrastes. Es á la vez de una generosidad, de un desinterés sin límites y de una codicia insaciable. Su palabra es sincera, y el robo es á veces considerado por él como una accion honrada; en este último caso, la víctima debe siempre ser un extranjero ó un enemigo; pero la caridad es una virtud que practica con constante ardor. En aquellas creencias, la guerra santa, la peregrinacion y la limosna son los actos más agradables á ellos.

Cubierto de jirones, las piernas liadas en trapos, cojo y delgado, aquel mendigo se quejaba de sus desgracias y del hambre.

—¿Quién eres?—le preguntó Jabal.

—Uno de tus hermanos, un creyente como tú, y de una de las tribus aliadas de Setina.

—¿Qué quieres?

—Un abrigo para la noche y algo que comer.

—Monta á la grupa de mi yegua—le dijo Jabal;—te llevaré á mi tienda, donde no te faltará nada.

—Te doy gracias; pero no puedo moverme si no me ayudas.

—Espérate, me bajaré.

En seguida Jabal se baja de la yegua, se acerca al mendigo y le ayuda á colocarse en la silla; pero apenas éste se ve montado, clava los talones en los costados del impetuoso animal y se aleja de Jabal con la prontitud del viento.

—No soy un mendigo—le grita—soy Daher y me apodero de tu yegua.

Al oír aquellas palabras, Jabal quedó aturdido; tuvo un vértigo, y le pareció sentir en sus venas el frío de la muerte. Sin embargo, se le pasó pronto, y como inspirado por Dios, gritó con todas sus fuerzas al ladrón que se detuviese, no para que le devolviera su bien, sino para que oyera lo que iba á decirle.

Daher, sabiendo que no corría ningun peligro, dió la vuelta y se acercó un poco á Jabal.

Daba lástima ver á éste. El carácter varonil y orgulloso de su rostro habia variado en una expresion humilde, suplicante y resignada.

—Has cogido mi yegua, mi fortuna, mi gloria, mis amores, toda mi vida; pero, en fin, si tal es la voluntad de Allah, y como hijo del pecado persistes en tu perversidad, me resigno y te deseo dicha y prosperidad por el mal que me has hecho; pero te ruego no digas á nadie el ardor de que te has valido para robarme la yegua.

—¿Por qué?—le preguntó Daher.

—Porque otro puede ser realmente pobre, desgraciado y enfermo, y despues de tal evolucion, nadie le auxiliara. Si cuentas esta aventura, no se creará en la realidad de ningun dolor, y se guardarán de hacer un acto de caridad por temor de ser desgraciado y llorar toda la vida.

Daher quedó un momento inmóvil sobre la silla; aquellas palabras lo habian impresionado profundamente; la actitud abatida en que veia á Jabal; que no era su enemigo, le conmovió. Daher no era un ladrón de profesion; el movimiento de su corazón pudo más que el genio del mal que lo habia arrastrado y que se fué á tierra en seguida.

Jabal—dijo—te devuelvo tu yegua—y acercándose á él, lo abrazó.—No la robaba para mí: la llevaba á Medina; pero el Profeta no me perdonaría mi traicion, que me alejaría para siempre del desierto y de mis compañeros de infancia. Sería pagar este oro con un sacrificio demasiado grande. Te juro por la verdad, Jabal, que de hoy más somos hermanos y que nuestras escopetas no tirarán sino juntas.

—¡Que Dios te bendiga!—respondió Jabal—puesto que has enterrado el cuchillo del mal entre los dos. Antes de volver á tu casa, ven á mi tienda para vivir en la intimidad de dos amigos verdaderos. ¡Que Dios deje ciegos á los que me envidian la posesion de mi yegua!

Daher fué á la tienda de Jabal, donde fué muy festejado, y quedó allí hasta el día señalado para la marcha de los extranjeros.

Nada se supo de aquella aventura que habia tenido tan maravillosa peripecia para Jabal. No habiéndole ocultado Daher los proyectos hostiles que se tramaban contra él y su yegua, Jabal se prometió vivir alerta y obrar con circunspeccion. Por el día tendria amigos fieles en guardia y por la noche pondria trabas á la yegua. En efecto, desde entonces, durante las horas de descanso, estaba sujeta por una cadena á una de sus patas, y venia á amarrarse en el interior de la tienda á una barra de hierro plantada en tierra junto al sitio donde dormia Jabal: de esta manera, su seguridad era casi completa.

La primera ventaja que habia sacado de los informes de Daher habia sido el modificar el itinerario de su viaje hacia Medina, de modo de cortar toda emboscada, y como se puede pensar, no descuidó durante su marcha ninguna de las medidas de precancion.

El trayecto se hizo sin accidente; y á poca distancia de Medina se detuvo la caravana en un sitio seguro, donde Jabal, que no se atrevia á acercarse más á la ciudad, se

separó prudentemente de sus huéspedes. La despedida se hizo con toda la efusion de una amistad oriental.

—Sigue tu estrella—dijo Jabal al inglés, en el momento en que éste, despues de haberle estrechado afectuosamente la mano por última vez, tornaba á pié con su compañero el camino de Medina, acompañado sólo por un árabe.

Sin embargo, el pensamiento del aga Harsad no se distraía de la yegua de Jabal. Pensaba en ella con un ardor de posesion que el tiempo no disminuía, y su codicia y orgullo estaban excitados en alto grado por la negativa perseverante de Jabal. Un día, un beduino, gran husmeador de botín, rico, pero enriquecido por la rapiña, llamado Jafar, fué á verlo y le preguntó cuánto daría al que le hiciese dueño de aquel animal.

—Cargaré de oro para él los lomos de la yegua—respondió Harsad.

—Está bien—dijo el beduino, satisfecho de la proposicion del aga;—la tendrás.

—¿No te lisonjeas de una vana esperanza!

—Tú verás: me marchó.

—¿Dónde vas?

—A la tribu de Jabal.

—Así, ¿tú crees en el éxito?

—Sí, porque he visto al venir aquí dos pichones blancos que volaban en la misma direccion.

—Vé, pues, y que tu buen genio te inspire.

Apénas se habia marchado Jafar, llegó corriendo otro árabe hacia Harsad, y le dijo:

—Bendice al Profeta.

—¿Qué traes?

—Jabal y su yegua están á dos horas de Medina acampados.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mis ojos, que no se engañan nunca: ¿quieres apoderarte de ese animal? El momento es favorable; lázate como el milano sobre la pequeña caravana, y los coges. Si Jabal huye, sólo puede tomar dos direcciones: por Hedeach para llegar á su país, ó á la izquierda hacia el desierto. Coloca caballos en estos caminos; si escapa á la persecucion del primer caballo, por mucho que sea el vigor de su yegua, no cansará al segundo sin sucumbir.

—Tu consejo es bueno—dijo Harsad—con tal que la alcance antes de que haya salido de los límites del país donde mando.

Al día siguiente, al amanecer, en el momento que Jabal se ponía en marcha, uno de sus hombres llamó su atencion sobre unos jinetes que se veían á distancia y que venían á la carrera. Todo es sospechoso al hombre que amenaza una traicion, y con más razon á los ojos de los hijos del desierto, que arreglan su vida sobre el precepto de «es bello y valiente robar al enemigo», y cuyas aventuras no tienen éxito sino con ayuda de expedientes.

Jabal tenía el presentimiento de que aquellos jinetes, llevaban el rayo contra él; habia en su aire algo que turbaba su espíritu y que pedía una pronta resolusion de su parte.

—Me es fácil juzgar inmediatamente de su proyecto—dijo á sus jinetes.—Voy á alejarme de vosotros en sentido oblicuo y me verán: si es á mí á quien buscan, se dirigirán hacia mí; si, al contrario, se mantienen en su direccion actual, será que me he engañado y nos unirémos para continuar nuestro camino; de otra manera, Dios decidirá de mi suerte.

Se lanzó, y en pocos instantes puso un gran intervalo entre él y su tropa: se vuelve, y ve, estremeciéndose, que tambien los jinetes han variado de camino y se dirigen hacia él. Mete espuelas á la yegua y mira: los jinetes lo imitan acelerando la velocidad de sus caballos.

—Es seguro—pensó;—esos hijos malditos del pecado quieren coger mi yegua; pero son unos insensatos ¿no es verdad? de quererse medir contigo, mi *Karaygha*. Para lograrlo, es preciso vencerte, y tú eres el pájaro, menos las alas. ¿Qué son los rivales que te oponen? Cuatro: dos caballos blancos y dos negros: está bien. Para desembarazarnos de los primeros, te dirigiré del lado del sol y se derretirán como la nieve del Ararat: para concluir con los otros, ganaremos los sitios pedregosos y nada tendremos que temer; son negros del Soudan que no pueden marchar descalzos sobre los guijarros.

Jabal, hendiendo el aire, pero demasiado práctico para gastar desde el principio las fuerzas de la yegua, media la rapidez de su marcha por la de los otros. ¿Hasta dónde los llevaría aquella lucha? Lo ignoraba. ¿Cuáles eran los proyectos de aquellos hombres? No podia saberlos. Sin embargo, pudo juzgar que no querian darle cuartel por el excesivo impulso que dieron á sus caballos. Jabal, por su parte, contuvo menos á su yegua, cuyo ardor se despertaba, y así corrieron seis horas seguidas. Hubiera podido agrandar la distancia que le separaba de los jinetes, pero no lo hizo y no tardó en dar gracias al Profeta.

Como él avanzaba siempre hacia el Norte, por llano arenoso y calvo, distinguió á la derecha, y tan léjos como podia alcanzar la vista, un grupo de jinetes que parecían esperar. Era el relevo, seis caballos frescos, prestos á lanzarse tras él. Su maniobra estaba indicada; consistía en se-

pararse á la izquierda de aquella emboscada y avanzar hacia el desierto: apenas habia efectuado esta maniobra, que los jinetes partieron á toda carrera.

Dió con los talones en sus flancos, y en seguida dobló su velocidad. En vano los otros jinetes hacen rayas ensangrentadas en los ijares de los caballos; no lo alcanzaban. Esta nueva carrera se habia prolongado durante otras seis horas, y Jabal se encontraba entonces á más de cuarenta leguas del punto donde se habia separado por la mañana de sus gentes. Dos horas despues llegaba la noche y Jabal desapareció entre las tinieblas y lo vago del desierto, deteniéndose cuando estuvo casi seguro de que habia aminorado el peligro.

Se habia confiado al instinto de su yegua para escoger el sitio de su parada; era una pequeña isla de hierba y vegetación en medio de la árida inmensidad de las arenas. No era de una extensión suficiente para que se estableciese una tribu; era solo un abrigo ofrecido por Dios á los peregrinos del desierto.

En medio de algunas palmeras y granados corria un hilo de agua, y Jabal, sin quitar la brida ni la cincha á la yegua, la hizo beber y la dió un poco de cebada que llevaba en un saco. Cumplido este cuidado, se arrodilló, y volviéndose en direccion á la Meca, hizo su oración, y dió gracias á Dios por su salvación. Despues se sentó sobre una de esas rocas de tintes oscuros, que se forman en las arenas de la Arabia.

Cuando se secó el sudor de la yegua, se volvió á montar. Al día siguiente estaba el sol á la misma altura que la víspera cuando partió, y se encontraba que habia recorrido 40 leguas. Aun le quedaban que hacer 45 para llegar por una línea curva á su tribu. Sus enemigos habian perdido la pista; pero como estaba lejos de creerse fuera de peligro, siguió su marcha deteniéndose á largos intervalos, sólo por mantener siempre vivas las fuerzas de su montura.

En fin, por la noche volvía á ver su tienda, donde precedió la caravana por medio día. Se puede imaginar su alegría cuando se vió en medio de sus hermanos, donde estaba en seguridad contra toda tentativa violenta. Además, el aga de Medina no tenia autoridad en aquella parte de la Arabia, que dependia del cheik de Morlah.

Hubo fiesta en su tienda y en las reuniones al aire libre. En el auditorio formando círculo, como es costumbre en Oriente, Jabal tuvo que empezar más de una vez la historia de su viaje; no le perdonaban ningun detalle, ninguna emoción, y él se complacía en contarlas en su lenguaje, animado por el calor aun reciente de sus impresiones.

Dos meses pasaron sin que ningun incidente turbase su vida. Siempre vigilante, siempre inquieto en su solicitud por su yegua, Jabal empezaba á pensar que se habia dormido la codicia y maldad de sus enemigos. Habia llegado al apogeo de la gloria que resulta para los habitantes del desierto, de la posesión de un caballo de alto precio, porque estaba ya admitido en la opinion de todos que la yegua de Jabal no tenia rival.

Una noche, sobre las dos, el oasis estaba entregado al sueño; dos hombres, aprovechándose de la calma y la oscuridad que pronto iba á desaparecer, despues de haber rondado por las cercanías de la tribu, se acercaban con precaución á la tienda de Jabal. Uno de ellos avanzaba con menos prudencia, y de manera de llamar la atención de los perros que sabían hacían su guardia por la noche. Mientras el otro, despues de una larga vuelta, arrastrándose por el suelo, llegó á la tienda por el lado opuesto. Los perros ladraron; despues se callaron: probablemente, el hombre que se mostró á ellos se habia retirado algunos pasos. Esta maniobra habia tenido por objeto calmar un poco los perros, sin cesar completamente de ocuparlos.

Jabal se despertó á los ladridos, y se puso á escuchar; pero los perros permanecieron callados, y creyendo era algun chacal que pasaba, volvió á dormirse.

Poco despues, un hombre, siempre arrastrando, se deslizó en el interior de la tienda, y consiguió arrancar la barra de hierro á que estaba sujeta la cadena de la yegua. Hecho esto, la sacó de allí, montó en ella, y antes de partir dió con la lanza de Jabal en la tienda para despertarlo, y le gritó:

—Yo soy Jafar; te robo tu yegua y te lo prevengo.

Este aviso estaba en concordancia con las costumbres del desierto. Robar una tribu hostil era hacer una acción valerosa, y el que la ejecuta desea siempre la publicidad, quiere toda la gloria que de ella pueda resultar.

Jabal se despierta sobresaltado, comprende el sentido de las palabras que ha oído, se levanta precipitadamente y da la alarma. Corre á la tienda de su hermano, cuya yegua monta, y seguido de muchos de sus amigos también montados, parten en persecución del ladrón.

Uno de sus amigos montaba una yegua de la misma raza que la suya y tenía también mucha fama, pero que no habia vencido nunca á su hermana. Jabal, al lanzarse en persecución de Jafar, no esperaba alcanzarle por la rapidez de su carrera, si no contaba con algun accidente fatal de éste. Se caerá, pensaba. Sin embargo, Jafar seguía firme en la silla. El amigo de Jabal, por un milagro inexplica-

ble, avanzaba cada vez más rápido; la hermana de Karagha, animada de un ardor desconocido, devoraba el espacio; todos sus compañeros quedaron distanciados; Jabal seguía el segundo y veía que aquel animal avanzaba siempre y ganaba terreno, mientras Karagha se debilitaba.

En fin, ésta no estaba ya sino á algunos cuerpos de su hermana, que iba á alcanzarla, cuando se oyó á Jabal que gritaba al ladrón:

—Pellízcale la oreja derecha y tócale con el talón.

Era una locura. Jafar lo obedece, y en seguida la yegua despliega todo su poder, se lanza como un relámpago á manera de hacer imposible toda persecución.

La lucha no era ya posible, y Karagha no tardó en desaparecer á lo lejos, como una nube llevada por el viento.

Los compañeros de Jabal, habian quedado estupefactos.

—Eres un bruto —le dijeron;—has ayudado á tu enemigo á robarte tu alhaja.

Jabal volvió en sí en seguida como un hombre que recobra la razón despues de un momento de extravío.

—¿Qué he hecho? —dijo. —¡Soy un loco! Compadecidme, hermanos; es el castigo del orgullo; cuando he visto que mi yegua iba á ser vencida, he pensado en su gloria amenazada, y he perdido la cabeza. No me consolaré nunca; pero Dios lo ha querido, para que no se pueda decir que otra yegua habia vencido á la mía.

En efecto, Jabal no se consoló de la pérdida que habia tenido. Pasaron los días y los meses sin que oyera hablar de su yegua; ni aun pudo saber si la habian llevado al aga de Medina; tanto cuidado habian tenido en rodear de misterio esta circunstancia.

Poco á poco se apoderó de él la desanimación: no era ya aquel hijo del desierto, orgulloso, alerta y valiente: era un hombre triste, soñador como un imán, que envejecía antes de edad y á quien ninguna bendición del cielo le hubiera servido de compensación. El desierto le pesaba, y como se acordaba que un hermano de su padre habia marchado de Arabia para establecerse á Oriente, cedía á la imposición melancólica de su alma, hasta el punto de querer á su vez intentar la distracción de este largo viaje.

Seis meses despues se encontraba en Alejandría, donde habia ido para tomar noticias sobre los países del Sahara. La ciudad estaba más animada que de ordinario, se habia festejado el paso de un embajador inglés que volvía de las Indias y que estaba encargado de una negociación importante con el virey de Egipto.

El puerto estaba lleno de curiosos que asistían al embarque de varios magníficos caballos árabes que el Egipto enviaba al Gobierno inglés.

Jabal, movido por la curiosidad, se habia acercado al embarcadero y miraba con tristeza. De pronto oye unos relinchos prolongados: escucha; aquellos relinchos aumentan en un grupo de caballos; hay uno que se agita, que piafa y que cuesta trabajo contener. Jabal mira con más atención y reconoce á Karagha, su amado tesoro.

Su alegría es delirante; grita, corre, se precipita hacia ella, le habla con emoción, y dice que sólo la muerte lo separará de su yegua.

El ruido de la aventura se propaga por el puerto como una conmoción eléctrica. En seguida se ve abrir paso la multitud y llegar el embajador y su acompañamiento. Jabal, al mirar á aquel personaje, trata de aclarar sus confusos recuerdos.

—Milord—dice uno de sus hombres—es Jabal, nuestro amigo del desierto, el mismo á quien iba á buscar por su orden un criado.

—Querido amigo—dice entonces el embajador á Jabal—¿no me reconoces?

Y le abrió los brazos para recibirlo.

En pocas palabras estuvo al corriente de la extraña circunstancia en la que volvía á encontrar á su noble salvador y le demostró ardientemente la alegría que experimentaba.

En seguida dió orden para que le devolvieran la yegua; pero su reconocimiento no se limitó á este acto de justicia. Jabal en un momento quedó el más rico de los habitantes del desierto, gracias á las liberalidades de su poderoso amigo.

—Creedlo bien—le decía éste;—el ángel que nos lleva á ejercer la hospitalidad es el mismo que llama sobre nosotros este mundo ó en el otro las bendiciones del cielo.

Al día siguiente del en que el barco inglés levaba anclas Jabal salía de Alejandría, no para volver á su patria, sino para continuar su camino hacia el país habitado por sus hermanos de Occidente.

JOCKEY.

JABON FABRICADO EN CASA.

Este producto tan necesario puede obtenerse perfectamente en casa á mitad de precio y de mejor clase que el expendido en el comercio: para esto, en un cubo ó cualquiera otra vasija de fondo estrecho, se echarán partes

iguales de lejía y aceite, es decir, un jarro de lejía y otro de aceite, y acto seguido, con una pala de madera, se bate suavemente el líquido siempre en un mismo sentido, aumentando velocidad en el batido; así se continuará hasta que la masa presente dificultad al movimiento de la pala, pero sin interrumpir el batido. Una vez espesada la masa, lo que se conoce por ondas de relieve ó barrigas formadas en la superficie por el movimiento de la pala, se traspasa la masa á un cajoncito proporcionado, y siempre limpio, en el cual se deja secar al aire libre; pero sin sol ni humedad, durante el tiempo necesario, que puede variar de cuatro á diez días.

La lejía se hace comprando en las droguerías dos ó tres kilogramos de sosa cáustica, se deposita parte de ella en un cubo, que se destinará para la lejía exclusivamente, y se echará agua hasta mediar el cubo. Esta operación se hace uno ó dos días antes del destinado á fabricar el jabón. Horas antes de empezar la operación se sumerge en la lejía un instrumento de vidrio llamado pesa lejías, que se vende á una ó dos pesetas en los establecimientos ópticos, y se ve á qué número de su graduador enrasa la lejía, debiendo ser el enrase á los veintidos grados y medio para que la lejía esté en punto para la fabricación. En consecuencia, si el graduador marca menor número de grados, la lejía es floja y hay que adicionar nueva cantidad de sosa; si por el contrario marca mayor número de grados, la lejía es fuerte y hay que quebrarla ó rebajarla echando agua poco á poco y moviéndola al mismo tiempo, hasta que, repetida la prueba con el graduador ó pesa-lejías, á los pocos momentos resulta próximamente con diez y ocho grados de fuerza. Durante el tiempo que esté haciéndose la lejía es necesario moverla cada ocho ó diez horas, teniendo siempre la cuba bien tapada.

Algunas personas mal aconsejadas compran la lejía, y despues de disuelta en el agua, empiezan la operación de la fabricación del jabón sin enterarse de la lejía, guiándose por recetas empíricas; pero las más de las veces estropean la operación y el jabón no empasta ó se separa el aceite de la lejía formando grumos, efecto en el primer caso de flojedad en la lejía y de exceso de fuerza en el segundo. Conviene, pues, hacerse con el pesa-lejías, con cuyo instrumento queda la fabricación del jabón al alcance de la más limitada inteligencia.

El cajón, molde ó saponificador donde se deposita la masa despues de batida, debe ser de madera y dispuesto de modo que las tablas que le forman se puedan quitar con facilidad, lo que se consigne con un cajoncito de los que vulgarmente han servido para pasas de Málaga, por ejemplo, desclavándolo de la tabla del fondo y de un sólo costado; cuando se va á verter en él el jabón, se coloca como si estuviera entero, se le arrolla un cordel fuertemente al rededor, y despues, sujetando el fondo con el resto del cajón, se tapan las rendijas interiormente con estopa ó trapo viejo humedecido, y se echa el jabón; así, cuando la pasta ya se ha secado, basta desatar las cuerdas y levantar las tablas para obtener una piedra de jabón blanco y bueno que queda sostenido solamente por la tabla del fondo.

Si alguna operación sale mal (lo que no es fácil empleando el pesa-lejías y batiendo siempre en un mismo sentido hasta conseguir la traba de los dos líquidos) se puede aprovechar la masa poniéndola en una caldera ó perol al fuego y añadiendo medio litro de lejía de diez y ocho grados, si la operación se estropeó por falta de lejía ó poco de ésta, y medio litro de agua natural, si consistió en la demasiada fuerza de la lejía. El fuego debe ser lento al principio y no dejar de mover la masa; aumentar fuego á los diez minutos, y cuando se observa que la masa se traba, se deposita una gota en un cristal, y será señal de que ya se puede retirar del fuego cuando invertido el cristal, quede fija la gota de jabón como una gota de cera, sin presentar en su rededor señal de humedad.

Este procedimiento sirve también para aprovechar las pequeñas cortezas de jabón y residuos del mismo, que deben guardarse para en su día, cuando haya reunida una buena cantidad, mezclarlas en un perol con medio litro de lejía floja ó agua simplemente, colocando el perol al fuego lento, moviéndola con frecuencia para que no se pegue, y así se obtiene un buen trozo de jabón muy duro: entendiéndose que en este caso y en el anterior debe trasladarse la masa del perol al cajón ó molde cuando se dé por terminada la operación.

El jabón obtenido por el procedimiento que hemos indicado sale á la mitad del precio del aceite y es blanco, hace buen ojo y es mejor para las necesidades de la casa que el jabón cocido llamado de Mora.

La lejía de sosa cáustica, á los diez ó doce grados, puede emplearse en las imprentas para limpiar las formas, y en el uso doméstico para efectos cuya suciedad se muestre rebelde á otros sistemas de limpieza.

PARIS-CLUB.

¡Otro crimen, y con las mismas circunstancias de misterio y de frialdad en la comisión del delito que distinguen á estos asesinos!

Llenos están los periódicos de detalles sobre el crimen de Villemomble, que ya conocen de seguro esos lectores. El amor del dinero y el conocimiento de la ley llevan á estos criminales á la perfección de la crueldad.

En nuestro país las gentes se matan en un momento de enloquecimiento, por amor, por celos, por una discusión política, por cualquier cosa; pero á lo menos no se observa en nuestros compatriotas la perversidad que aquí refleja aun el menor delito. Los bandidos españoles más célebres merecieron el título de generosos.

Y cuando se leen estas descripciones de crímenes horribles, se pregunta el vecino pacífico de la gran capital de quién pueda fiarse.

Una señora toma á su servicio, más como amiga que como criada, á otra que le parece desgraciada. La concede toda la confianza, le entrega sus secretos, y Mme. Mercier (que así se llama la miserable á quien van dedicadas estas líneas) asesina, según todas las trazas, á su bienhechora, en la soledad de una casa de campo que juntas habitan, la entierra en el jardín, y haciendo creer á los vecinos que la dueña de la casa se ha ido al extranjero, queda en posesión de casa y jardín y rentas durante dos años.

¡Dos años, sabiendo que el cadáver está allí á medio metro bajo tierra y delante de la puerta!

¡Dos años, durante los cuales la tal Mercier vive con su familia en la sala donde ha consumado el crimen, elevando cánticos al Señor y paseando con un estandarte, por el jardín que ha servido de tumba á su víctima!

Y, como de costumbre, empieza á lanzarse la palabra locura, que hace ya años evita tantas condenaciones á muerte....

Los detalles de este crimen prometen ser curiosísimos, y recomiendo á los lectores de EL CAMPO vean en otros periódicos lo que en una revista quincenal no puede contarse sino con retraso. Por esos detalles verán cuán aveau está al crimen el habitante de estas grandes poblaciones modernas, y acaso comparará conmigo la agitada vida de París, Londres, Viena ó Petersburgo, con la pureza de costumbres de nuestras aldeas....

Después de todo, bendito nuestro atraso, en el que el sentimiento domina á la razón....

Con gran satisfacción vemos los españoles residentes aquí cuán entero está aún el sentimiento de la patria entre nosotros.

La grave cuestión de las islas Carolinas ha venido á probarlo, y á no estarnos vedados de hablar de política en una revista literaria, celebrará con más extensión el admirable acuerdo que se nota en la prensa de todos los partidos, cuando llega una de esas ocasiones magnas en que hay que responder á la voz del patriotismo.

Los periódicos franceses están todos de nuestra parte, y su lenguaje no puede ser más simpático á nuestra causa.

Servirá, pues, este acontecimiento para estrechar los lazos de unión que deben existir entre países vecinos, y ojalá que esta vez la amistad sea sincera.

Debia serlo siempre, á juzgar por la afición que nuestros compatriotas ricos tienen á la Francia.

Desde el mes de Abril, el ferrocarril de Orleans no ha cesado de enviar españoles á París, y aun ahora que cada viajero se encuentra instalado en sus baños ó playas de preferencia, desde la Magdalena hasta el pasaje Jouffroy se oye hablar constantemente el idioma que nos es tan caro.

Pero si estos viajeros han venido huyendo del cólera ya pueden tomar otro rumbo.

En Tolon y en Marsella la epidemia ha reaparecido, y las noticias que nos traen los periódicos no son tranquilizadoras, ni mucho menos.

Los parisienses, sin embargo, se diferencian de nuestros compatriotas en que no temen la epidemia, ni siquiera hablan de ella. A excepción del *Matin*, que dedica todos los días una docena de líneas á este desagradable asunto de actualidad, los demás periódicos ni se ocupan de tal cosa. De este modo el pánico ni existe ni cunde.

Así como los españoles se complacen en pasar los Pirineos en verano, los parisienses se van á Suiza, á Hungría ó á Baviera.

Los cronistas de los grandes periódicos buscan novedades de qué hablar, en país extranjero.

Wolff es uno de ellos, y por él sabemos hoy las excéntricas aficiones del rey Luis de Baviera.

No ignoran esos lectores que aquel Soberano manda organizar representaciones teatrales para él solo, y que estas Reales diversiones suelen costar millones.

El Rey hace venir á su corte los artistas más célebres, que representan á puerta cerrada las obras elegidas por el Soberano.

En el año pasado, Mme. Wolter, la célebre actriz austriaca, fué llamada á la corte bávara para uno de estos ca-

sos sin ejemplo. Wolff, que la ha visitado uno de estos días, ha oído de sus labios la extraña relación siguiente, que parecería un cuento si no fuera un hecho público del que dieron cuenta á su tiempo los periódicos:

«A las once y media de la noche (el Rey había ordenado que la representación comenzara á las doce, es decir, cuando todo Munich estuviera entregado al sueño); á las once y media de la noche los actores estaban ya reunidos en la escena; reinaba en ella un silencio profundo. Los maquinistas llevaban zapatillas de fieltro para evitar todo ruido. Por el agujero del telón se veían los palcos del proscenio iluminados solamente por la batería; el resto de la sala estaba envuelto en la más completa oscuridad. Al sonar la primera campanada de las doce, una señal eléctrica anunció al intendente que el Rey salía de Palacio para entrar por la puerta de comunicación en el teatro. Una segunda señal indica que ha entrado en su palco, é inmediatamente se levanta el telón, porque un solo minuto de retraso implicaría la destitución del intendente.

»Cuando se levantó el telón—dice Mme. Wolter—y me encontré entre bastidores rodeada de compañeros mudos, pues la orden de no hablar sino en escena era terminante, se apoderó de mí un temblor nervioso. ¿Cómo iba yo á representar ante aquella sala vacía y oscura?

»Por fin, entro en escena. Acostumbrada á representar en teatros llenos de gente, no sé lo que me pasa al verme hablando en el vacío. Me esfuerzo en vano por descubrir la silueta de mi único espectador á través de las tinieblas de su palco....

»¡Nada!»

Y la actriz continúa contando sus impresiones, que aunque son curiosísimas, ocuparían aquí demasiado espacio.

Ello es que el Rey de Baviera tiene la monomanía (pues no halláramos otro nombre que darle) de asistir solo, absolutamente solo, desde el fondo de su palco regio, á estas representaciones, que unas veces comienzan á las nueve de la mañana, y otras, como la de que habla Mme. Wolter, á media noche.... El Rey hace construir exclusivamente para casos tales las decoraciones y los trajes. Que luego se archivan ó almacenan y no han de servir para representaciones públicas. El año pasado encargó á un poeta alemán una comedia de magia para una sola noche, que costó un dínar. Después nadie ha disfrutado del espectáculo.

Sabido es que el mes pasado se han hecho por la Intendencia Real de Munich proposiciones á la Patti para que cante una ópera en aquellas condiciones, y que la gran artista se ha negado.

Con razón dice Wolff que el Rey de Baviera está atrasadísimo, y que se trata de votar una ley para pagarle sus deudas. Realmente, entre todos los soberanos de Europa no habrá otro más original ni más caro á sus súbditos.

Verdad es que éstos le soportan sus regios caprichos, y de este modo ¡todos contentos!

RADAGÁS.

NOTICIAS GENERALES.

REGATAS.—La carrera náutica de prueba que debía haberse celebrado el último de Julio en Nueva-York, se ha prorrogado el tiempo necesario á fin de hacer un estudio más completo de los dos *yachts* construidos expresamente para esta carrera, con la que se disputa la renombrada *Copa de América*. Estos *yachts* son la *Priscilla* y el *Puritano*, de los cuales el primero pertenece al *New-York-Yacht-Club* y el segundo al conocido bajo el nombre de *Sloop de Boston*.

Ambos han tomado parte en carreras de prueba preparatorias. En una prueba contra el *Mischief*, corrió el 15 de Julio *Priscilla*, que concedía catorce minutos á su adversario; venció, sacándole una ventaja de veinticinco minutos.

De otra parte, el *Puritano* ha obtenido en su primera carrera una victoria completa sobre toda la flotilla de Boston en la regata del *Eastern-Yacht-Club*, en la cual hizo el recorrido de 40 millas (75 kilómetros) en tres horas, veinticinco minutos, quince segundos, venciendo al célebre *Sloop-Veen* por quince minutos, y á los otros competidores por veinte á veinticinco minutos.

La *Vieja América*, del comodoro Butler, que en esta regata llevaba una más fuerte arboladura, no hizo buena prueba; fué completamente vencida.

Uno de los campeones ingleses, *Genesta*, está en Nueva-York desde el 15 de Julio. El otro, *Galatea*, continúa haciendo sus pruebas en Inglaterra contra el mejor corredor del Reino Unido.

Las experiencias, sin embargo, no le son muy ventajosas.

Dice *Lo Sport Illustrato* que el caballero G. Graffini, maestro de armas, y los Sres. Razzatto, Massajoli, Verlo, Herrera y Schloper, han celebrado una reunión para constituir un primer núcleo que sirva para la formación de un Comité que se encargue de organizar un asalto internacional de esgrima, que deberá verificarse en Venecia en el mes de Mayo del año próximo.

Serán invitadas las principales salas de armas de Madrid.

El 2 y el 3 de Agosto ha habido espléndidas fiestas náuticas sobre el lago de Ginebra.

La fiesta se dió bajo el patronato del Principe de Brancovo y de la Baronesa de Rothschild, y consistió en regatas, maniobras y desfile de *yachts* de vapor.

EL TELÉGRAFO EN LONDRES.—La capital del pueblo mercantil por excelencia sorprende frecuentemente al mundo con alguna mejora ó invento, sea científico, artístico ó industrial. Entre ellos se puede citar la estación central de telégrafos, modelo el más perfecto y acabado de cuantos existen en el mundo.

La transmisión de telegramas desde las estaciones de distrito á la central se verifica por medio de tubos neumáticos, economizando tiempo y trabajo, y evitando además errores, puesto que se remiten los originales, tales como los interesados los escriben.

Los mencionados tubos están situados en una de las paredes del salón de transmisión, á manera de flautas de un órgano colosal. Cada oficina se comunica con la estación central por medio de dos tubos, uno receptor y otro transmisor. El original del telegrama, escrito por el interesado, se mete en una caja ó cápsula pequeña de goma elástica endurecida, cubierta con fieltro, en forma de un gran cartucho, que corre fácilmente por dicho tubo.

Dos máquinas de vapor, de 500 caballos cada una, funcionan en los sótanos. Una de ellas está en conexión con los tubos de transmisión y produce la compresión del aire que sirve de motor de impulsión de los paquetes cilíndricos que se envían; la otra comunica con los tubos de recepción, y forma el vacío para la absorción de los paquetes que se reciben de las estaciones de distrito.

Esta parte del servicio está encomendada á niños, los que señalan en un indicador colocado cerca de los tubos cuándo la vía está ocupada ó expedita. Las ventajas de la comunicación neumática se conocen mejor en el salón de transmisión de la oficina central, donde están los aparatos, pues se ve que por el mismo sistema se comunican unos despachos con otros, impidiendo así la pérdida de tiempo y su extravío.

Ocho minutos tan sólo tarda cada despacho en recorrer los tubos más largos, que miden cerca de dos millas. El diámetro de dichos tubos es de 3 pulgadas, son de plomo forrados con hierro, como los de gas. La presión necesaria para el servicio es de 12 á 15 libras por pulgada superficial. El aire comprimido se emplea hasta para los taladros del papel.

Cada telegrafista de la estación central de Londres usa el manipulador con tres teclas de marfil para transmitir los despachos según el alfabeto. La rapidez de la transmisión es tal, que en caso necesario puede llegarse á un máximo de 200 palabras por minuto; pero lo ordinario es de 150, ó sea una rapidez mayor que la que generalmente se emplea en hablar. El número de telegramas que se transmite diariamente está calculado en 50.000, con un millón de palabras.

El personal se compone de 1.000 empleados adultos y 500 niños de ambos sexos; hay un servicio especial para la noche, compuesto únicamente de hombres. Á las siete de la mañana empieza el trabajo, y sucesivamente, hasta las cuatro de la tarde, van relevándose los telegrafistas. El de la noche empieza á las doce.

Los *sportsmen* se regocijan con la esperanza de ver correr pronto en el hipódromo de Longchamps á la mujer-jockey, nuevo tipo de la vida moderna, que no tardará en amenizar las carreras de caballos, prestándoles mayor interés. Cuando la mujer se hace su puesto en la ciencia, en el arte, hasta en la política, era natural que lo pidiese también en ese mundo especial del *sport*, que tanto ella anima con su presencia. Madame Stroobants ha reclamado del Jockey-Club belga el derecho á tomar parte en las próximas carreras de Lovaina, y en caso de no ser admitida, está resuelta á presentarse al pie de las tribunas y reivindicar el derecho de ser pesada como los demás jockeys.

El 25 de Agosto de 1785, el rey Luis XVI, la reina María Antonette y toda su familia Real se adornaron con la flor de la patata, que el célebre Parmentier les había ofrecido.

Modesto pero bien útil centenario el que ha pasado desapercibido el 25 de Agosto de 1885.

Cada año la moda adopta una nueva alhaja, una flor, una piedra, un animal, que luce en las *toilettes* de los elegantes.

Entre los emblemas que han durado más, uno de ellos ha sido la herradura, y adoptado por todos los *sportsmen*. Este año la moda ha ido á buscar su juguete al Egipto. El *Oudja* era ya un talisman en tiempo de Faraon. En todas las excavaciones se encuentra el *Oudja* de oro, de pasta, de madera; era el amuleto sagrado. Los egiptólogos lo explican: el *Oudja* es el ojo de Horus, el sol, el Nilo, figura en la fecundación por el agua y por el calor, y su nombre significa salud, dicha, prosperidad. Su virtud no se extendía sólo á los bienes de la tierra, á la vida del hombre; alcanzaba á todo lo que el hombre espera y desea.

Esta es el emblema que adopta la moda del día.

La acreditada casa «El Cosmos Editorial» ha publicado los cuadernos 7.º y 8.º, que terminan la útil obra del doctor J. Fonsagrives, *Tratado de la higiene de la infancia*, versión castellana de D. Manuel Flores y Pla. Su precio, 10 pesetas.

Igualmente hemos recibido los cuadernos 2.º, 3.º y 4.º, con que termina la *Higiene y saneamiento de las poblaciones*, por el doctor J. Foussagrives, traducida por D. Eduardo Blanco Vazquez. Precio de la obra, 6 pesetas.

NOTAS DE CAZA.

Hémos ya á las puertas del séptimo cielo. Hoy queda legalmente abierta la caza en todas las provincias de la Península, pues en la mitad de ellas se está cazando desde el 15 de Agosto.

Hemos llegado al período del año en el cual sueñan los aficionados, ahitos de descanso y ganosos de cazar. Hemos llegado al período de la apertura de la caza, aquel en que los cazadores inician guerra tenaz contra los animales del campo, persiguiéndolos con ansia inacabable hasta que llega la época de los amores y la reproducción; período en el cual las esperanzas concebidas se tornan en dolorosas desilusiones, ó se llevan á cabo con el brillante colorido de la más poética realidad.

En las prosaicas edades que alcanzamos no se da el grito de alarma, ni suena la trampa de caza en bosques y florestas, ni siquiera los grandes señores reúnen á sus aristócratas amigos en sus castillos y posesiones, para obsequiarles con esas fiestas de apertura que vemos en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria-Hungría, y que aquí sólo dan unas pocas, contadísimas familias, como la de Fernán-Núñez; pero si no sucede nada de esto, y se descuida la parte artística de la cinegética, en cambio son más los que participan de los encantos de la caza, y solemnizan sin brillantez, ni siquiera ostentación, esa fecha esperada por los buenos cazadores y los mediocres aficionados, desparramándose por vedados y cotos, baldíos y montes del Estado, según los casos y las casas.

La apertura de la veda es para la gente del gremio lo que para los oradores la apertura de las Cámaras, la del Real para los aficionados al lujo y á la música, la de los tribunales para la curia, y, en suma, lo que son todas las aperturas para los interesados en entrar por puertas que estaban cerradas. Dicen que no es fácil poner puertas al campo, pero esto lo dirán los cazadores de matute, aquellos que no contribuyen al Estado á cambio de contribuir al exterminio de la riqueza venatoria, que el cazador correcto y legal las tropieza á cada paso más grandes que la Otomana y cerradas á cal y canto como *cordones* extremos.

Por ministerio de la ley han quedado hoy abiertas de par en par á los cazadores las puertas del Paraíso terrenal; que así debe llamarse todo terreno donde se crían liebres, perdices y conejos en el monte; reses en la espesura; tórtolas y palomas en las arboledas, y en las vegas y frescales, codornices.

Adelante, pues, los escogidos.

Desde el 18 de Mayo que ocurrió el primer caso de cólera en Madrid, hasta el 1.º de Setiembre, ha transcurrido tiempo sobrado para que el vecindario se habituase al peligro y los cazadores madrileños concedamos al cólera bastante menos importancia y consideración de la que él se merece. Vamos considerando endémica la enfermedad y desechando el miedo. ¡Qué diantres! hacemos bien. El cólera nos ha impedido tirar codornices y pretenderá ahora que no cacemos perdices y ojuelos conejos. Y ¡vive Dios que no ha de ser! No lo es, porque á estas horas hay más de mil aficionados madrileños quemando cartuchos en esta provincia y en las limítrofes, Guadalajara, Segovia y Toledo.

Fuimos prudentes cuando se levantó la veda de las codornices; hoy que se abre en absoluto la caza, no queremos ser cobardes.

Además, la caza es imagen de la guerra, y no son los tiempos á propósito para que el espíritu se afemine y las manos se entorpezcan, dejando de esgrimir las armas y de quemar cartuchos.

Conviene todas las noticias en que el actual es un excelente año de caza. Algo bueno había de existir en medio de tantos males. Si lo que se dice es verdad ó no lo es, pronto hemos de verlo. Los periódicos de provincias lo afirman, y los cazadores de la de Madrid no lo niegan. Está probado que ha habido muchas codornices, sobradas para los que se han atrevido á perseguirlas desafiando la persecución colérica, y pronto los hechos probarán que á la abundancia de aves africanas corresponde la de animales indígenas. Las tormentas de Julio causaron grandes daños; pero aun así, hay caza suficiente para divertirse, y más teniendo en cuenta que no debemos ser exigentes en los placeres, cuando tan fáciles y pródigos son ahora las desdichas.

Estos últimos días han regresado á Madrid muchos cazadores que veraneaban en las provincias del Norte, á fin de tomar parte en la apertura del Pardo y de los cotos que para los aprovechamientos de la caza tienen en arriendo varias Sociedades formadas de personas distinguidas. También se han trasladado á Madrid algunas de las excelentes cuanto afligidas escopetas que han estado de jornada en la Granja. Las noches últimas han sido muy animadas en las tertulias de los bazares de armas. En el Club y en el Casino de Cazadores se hablaba mucho de caza, tanto como de los ojos de Bismarck. Se dice que algunos de los cazadores situados en la línea férrea del Norte están muy bien de conejos, y que en Espinosa de Humana abundan las perdices como no se conocía desde hace algunos años. Pero del que se hacen grandes elogios es del monte del Pardo, cuyos pastos son abundantes, y donde la aglomeración de gamos y conejos no ha impedido este año que

haya una cría de perdices excelente, no obstante el tributo que en el período de la nidificación han tenido que pagar á los grajos y urracas que por el monte pululan destruyendo millares de huevecillos.

Las lluvias en estos últimos días han refrescado la atmósfera y ablandado el terreno, circunstancia que permitirá ventear bien á los perros y librará al cazador del engorro, siempre molesto, de los insectillos.

¡Gran mortandad la de hoy si el tiempo no se malea! ¡Gran susto el de los conejos y perdices ante el estrépito de perros y disparos de escopeta, después de varios meses de plácido reposo y absoluta confianza!

¿Qué dirán los gazapos y perdigones? La gente mayor, es sabido, dirá: «Ya están ahí los del año pasado: me escamo...»

Y mientras las perdices, alargando el cuello y batiendo las alas con estrépito, se guarecerán en las quiebras, los respetables conejos pondrán tierra por medio, dando el hoco al viento, agachando las orejas sobre el lomo y estirando las piernas más que la voluntad.

En la Granja, donde ha habido este año tan brillante representación de los aficionados de Madrid, las desgracias se han sucedido con despiadada tenacidad, llevando el duelo á los alegres cazadores. Se cazaba mucho y bien; las giras campestres y las expediciones de caza se llevaban á efecto apenas habían sido proyectadas; en el diario de los aficionados iban anotadas ininidad de codornices, muertas en las vegas de San Ildefonso, Segovia y pueblecillos comarcanos; en una sola mañana, la del 17 de Agosto, tres reputados tiradores, maestros en el arte cinegético, salieron al campo por vía de ensayo, regresando á la población con 165 piezas entre codornices, perdices y alguna que otra liebre; se hablaba de monterías regias en Rofrío, y aunque el monarca cazador no estaba decidido á dar fiestas venatorias que contrastasen con la amargura de los pueblos epidemiados, los distinguidos cazadores de la colonia madrileña abrigaban la esperanza de que con el decrecimiento de la epidemia aumentaría el regocijo y podrían realizarse propósitos aun no elevados á la categoría de proyectos.

Todo acusaba bienestar y auguraba diversiones, pero el hado de las desdichas batió sus alas sobre la colonia veraniega y surgieron las desgracias.

Un día vuela el carruaje de una partida de cazadores, y es herido el joven cazador Sr. Whit; otro, un soldado estropea á un compañero, impensadamente, de un tiro, y últimamente, el Sr. Llorens es víctima de casual desgracia ó impremeditación inexplicable.

Con tales contratiempos se nubló la alegría y terminaron las expediciones de caza. La desgracia de D. César Llorens llenó de tristeza todos los corazones. Es éste un distinguido cazador y un caballero de prendas excelentes, muy apreciado por todos y más querido cuanto más tratado.

La desgracia ocurrió en un momento de reposo: se había formado un pabellón con las escopetas, y al coger la suya el Sr. Llorens se disparó otra, atravesándole el tiro la cabeza. Los proyectiles le entraron por debajo de la barba y le destruyeron el ala del sombrero. Cuantan que la escena fué horrible, y patética la exclamación que profirió D. César recordando á sus numerosos hijos. El hermano del Sr. Llorens estaba allí; formaba parte de la expedición, y recibió en mitad del corazón el tiro que atravesó á su dulce hermano la cabeza.

Se socorrió al herido como se pudo, conteniendo con paños de agua fresca la sangre, que manaba abundante de la herida. Creyóse en un principio que el desenlace del suceso sería fatal. Por fortuna estaban en La Granja los eminentes cirujanos Sres. Ledesma y Camison, y consiguieron atenuar la gravedad del herido, ya que no hacer que desapareciese el peligro en los primeros días.

Afortunadamente ese peligro ha desaparecido ya hoy.

La masa de proyectiles, recibida á boca de jarro, penetró por debajo y á la izquierda de la barba, y atravesando el cuello de delante hacia atrás, pasó rasando las vías respiratorias y alienencia (algunos perdigones penetraron en esta última), saliendo por detrás á tres dedos y debajo de la oreja. La abertura era del diámetro y forma de un huevo de gallina, y tanto por esta circunstancia como por el largo y profundo túnel que representa la herida, parece increíble, á los ojos de los peritos en anatomía, que no cortase en su marcha la arteria carótida respectiva. Pero si esto no sucedió, dicha arteria quedó contusa indispensablemente, é hizo temer como muy probable que al establecerse la supuración se desprendiese una parte del vaso sanguíneo, produciéndose en su consecuencia una hemorragia rápidamente mortal si la cirugía no prestaba socorro casi instantáneo mediante la operación de la ligadura. Ante esta eventualidad, el doctor Sr. Ledesma ha vigilado de continuo al herido, especialmente desde el quinto al décimo día, que consideraba de más peligro, dispuesto siempre á practicar la operación si fuese necesario.

El enfermo ha estado cuidado con sumo esmero y precauciones convenientes. Por fortuna, la arteria ha resistido, sin desmembrarse, los efectos de la contusión.

El Sr. Llorens vive, pues, como viven las esperanzas de sus numerosos y buenos amigos.

¡Dios quiera que las prescripciones de la ciencia dominen los estragos de la escopeta!

Siempre olvidamos los cazadores que la escopeta da la vida, pero que también la quita.

Leí en un periódico de provincias, no recuerdo cuál, hace dos días, que yendo de caza tres aficionados, uno de ellos se sintió gravemente atacado del cólera en mitad del campo y lejos de poblado. En el momento de ocurrir el percance sólo uno de ellos estaba cerca del infeliz colérico; entretenido el otro con la caza, se había alejado á bastante distancia.

La situación del compañero del enfermo era apurada: el brutal instinto de conservación le movía á acordonar el individuo poniendo tierra de por medio para evitar el contagio; el sentimiento de la caridad le obligaba á cumplir con su afligido compañero los deberes de un buen cristiano. No vaciló un momento. Inflamado su pecho de heroica abnegación, cargó acuestas con el colérico y le llevó al pueblo inmediato, donde espiró á las pocas horas de llegar.

Sublime acción, que debe recompensarse con una distinción que seguramente no valdrá lo que vale el unánime aplauso que enviarán al oscuro cazador cuantos conozcan el hecho y lean estas líneas.

Aunque los *sportsmen* españoles se ocupan menos de lo que debían del perro de caza, y abandonan lo que se refiere al mejoramiento de las razas caninas, al extremo de no celebrarse jamás en España una de esas Exposiciones tan en boga en las ciudades más cultas del extranjero, creemos que leerán con interés estas líneas referentes al Congreso canino de Amsterdam.

En él intervinieron el baron Van Havre y el general David, representantes de la sociedad *San Huberto*, de Bruselas; Van Schimberg, representante del *Jagd-Club Telesco*, de Berlin; Bellecroix, redactor jefe de *La Chasse Illustrée*, y Mr. Korthals, miembro de la *Asociación de la Casa Silesiana*, además de un comité perteneciente á esta vasta asociación.

Desde luego fué nombrada una comisión encargada de preparar el primer Congreso extranjero, que ha de celebrarse en Bruselas en Marzo de 1886.

Después de larga é interesante discusión, la Asamblea decidió someter á esta comisión el siguiente proyecto:

- 1.º Oportunidad de convocar anualmente un Congreso cinológico internacional.
- 2.º Supresión de la actual división de las clases de *pointers* según el peso, no encontrando la Asamblea racional la excepción creada en favor de esta raza de perros.
- 3.º Decidir que los perros que hayan obtenido tres premios en las Exposiciones no puedan ser admitidos á concurso sino en clase de campeones; y que no podrán ostentar este título de campeones hasta haber obtenido un premio en esta clase. Los premios conferidos en Exposiciones no reconocidas no serán tomados en consideración.
- 4.º Instituir en la Exposición futura la clase especial para perros premiados en los *field-trials* (pruebas especiales hechas en tierras de caza ante un Jurado, muy en boga en Inglaterra).

5.º Decidir que el Jurado para toda clase de perros deba ser internacional y compuesto de tres miembros. Discutiéronse después otras cuestiones de alguna importancia, que probablemente serán puestas á la orden del día en el futuro Congreso de Bruselas. Hé aquí las principales:

- 1.º Todo criador tendrá el derecho de inscribir en las Exposiciones un perro educado por él, aunque haya pasado á otras manos, á condición de que indique ó declare que el perro no le pertenece.
- 2.º Las Exposiciones no deberán durar más de cuatro días.
- 3.º Las crías no educadas ó sueltas no podrán concurrir á premio, aunque sí á la Exposición.
- 4.º Reunir en una sola clase los bracos y hacer otro tanto con los españoles. Crear, en vez de las clases distintas para los grifones, dos, distinguiéndolas en grifones de pelo fuerte y de pelo largo.

Tales son las decisiones principales del Congreso, de cuya importancia podrán fácilmente juzgar los lectores cuando observen que los cinólogos que han tomado parte eran escasos. Faltaba, entre otros, el representante de Inglaterra.

Pero todos asistirán al Congreso de Bruselas. El *Kennel-Club Italiano* se dispone á enviar un representante.

Escribo estas cuartillas después de haber visto salir de Madrid cientos y cientos de escopetas con la consiguiente alegría y el sin igual estrépito de perros y perros. El tiempo favorece á los expedicionarios y el campo debe estar delicioso.

¡Hermoso mes el actual en que se puede cazar todo género de caza, desde reses hasta codornices!

Dentro de unos días comenzará el arranque de los cáñamos en las comarcas donde se cosecha esta planta textil, y es ocasión de rasgar la escopeta fogueando á las codornices de Setiembre, gruesas y sebosas como no pudieran soñar allá en Mayo y Junio cuando arribaban escuálidas y negruzcas á las poéticas playas levantinas. Y también las tiraremos más adelante en las viñas, su último refugio, si por acaso movemos los verdosos y pintados pámpanos en busca de lebratos.

La cacería más renombrada este año ha sido la que han realizado en Guertensteinwald (Kremsier) los emperadores de Austria y Rusia, el príncipe heredero de Austria y el gran duque Vladimir. Procuremos aventajarles y oscurecer con nuestras proezas venatorias el renombre de los cazadores de Kremsier, cosa fácil en el puro terreno de la Cinegética.

Porque en las cacerías de los Emperadores se apunta á una res y se le da á una potencia.

Son sus cacerías más peligrosas y ménos divertidas que las nuestras. ¿No les parece á ustedes?

J. STA.

PROPIETARIO,
D. J. Luis Albareda.

Establecimiento Tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra»,
IMPRESORES DE LA REAL CASA.
Paseo de San Vicente, 20.

ANUNCIOS.

GUIA DE CARRERAS DE CABALLOS EN LA PENÍNSULA.

Se vende á DOS PESETAS CINCUENTA CÉNTIMOS en Madrid, calle del Prado, núm. 27.
Interesante á los propietarios de caballos y aficionados.



Servicios de la Compañía Trasatlántica DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA
CON ESCALAS Y EXTENSION Á
LAS PALMAS, puertos de las ANTILLAS, VERACRUZ y PACIFICO

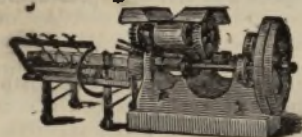
SALIDAS TRIMENSUALES DE
Barcelona, el 5; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto-Rico, Habana y Veracruz.
Santander, el 20, y Coruña, el 21, para Puerto-Rico y Habana.
Barcelona, el 25; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30, para Puerto-Rico, con extension á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extension á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

VIAJES DEL MES DE AGOSTO
El día 10, de Cádiz, el vapor **CIUDAD DE SANTANDER**.
El día 20, de Santander, el vapor **P. DE SATRUSTEGUI**.
El día 30, de Cádiz, el vapor **VERACRUZ**.

VAPORES-CORREOS Á MANILA
CON ESCALAS EN
PORT-SAID, ADEN y SINGAPOORE, y servicio á ILOILO y CEBU
SALIDAS MENSUALES DE
Liverpool, el 15; Coruña, el 17; Vigo, el 18; Cádiz, el 23; Cartagena, el 25; Valencia, el 26, y Barcelona, el 1.º fijamente de cada mes.
El vapor **ISLA DE LUZON** saldrá de Barcelona el 1.º de Agosto.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.
Para más informes en **Barcelona**: La Compañía Trasatlántica, y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—**Cádiz**: Delegación de la Compañía Trasatlántica.—**Madrid**: D. Julian Moreno, Alcalá.—**Liverpool**: Sres. Larrinaga y C.º.—**Santander**: Angel B. Perez y C.º.—**Coruña**: D. E. da Guarda.—**Vigo**: D. R. Carreras Irigarri.—**Cartagena**: Bosch hermanos.—**Valencia**: Dart y C.º.—**Manila**: Sr. Administrador general de la Compañía General de Tabacos.

MAQUINAS para Tejas y Ladrillos



Medalla de Oro.—Único Premio en la Exp. Universal PARIS 1878
BOULET, LACROIX & C.º
Constructores Mecánicos 28, rue d'Alsace S.º-Martin, Paris
Se envía el Catálogo ilustrado á qui en la pida carta franquizada.

SE VENDEN MADERAS Y CLICHÉS
DE LOS GRABADOS PUBLICADOS EN "EL CAMPO."
Darán razon en la Administracion del periódico,
Calle de VILLANUEVA, núm. 6.

ATOCHA, 25, PRAL.

CORTIJO.

ATOCHA, 25, PRAL.



SASTRE.
ESPECIALIDAD EN TRAJES DE CAZA Y CAMPO.
VARIADO Y ESPECIAL SURTIDO
EN
Panas, Driles, Gamuza y Becerro anteado
PARA LA ROPA CITADA.
Se hacen trajes á precios económicos para
guardas de campo.
GRAN SURTIDO EN LEGUIS Y POLAINAS DE DRIL
Y LONA IMPERMEABLE.
25, Atocha, 25, principal.
MADRID.



EL CAMPO.

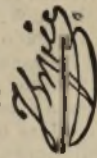
Se desean adquirir los números 13, 19, 21, 22 y 24 del año 1878, y el número 17 del año 1879.

Se abonará su importe en la Administracion del periódico,

Calle de VILLANUEVA, núm. 6.



OPRESIONES **ASMA** NEURALGIAS
TOS, CATARRROS, CONSTIPADOS
Por los CIGARILLOS ESPIC
Aspirando el humo, penetra en el pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los organos respiratorios.
(Escribir esta firma: J. ESPIC.)
Venta por mayor J. ESPIC, 118, rue S.º-Lazare, Paris.
Y en principales Farmacias de España: 2 fr. la caja.



MEDALLAS DE PLATA Y ORO
EN LAS EXPOSICIONES INTERNACIONALES DE AMSTERDAM Y NIZA.

E. ECHEVERRÍA Y C.ª

(Proveedores de la Real Casa).

MÁLAGA Y HIBAR.

Manufactura de armas de fuego de todos sistemas.—Pólvora, municiones y efectos de caza.—Armas belgas, inglesas y norte-americanas.—Cuchillería y bisutería.—Incrustaciones de oro y plata sobre hierro y acero.—Especialidad en cofres, relojes, puños de baston, brazaletes, etc., etc.

Exportacion á provincias y extranjero.
Dirigir la correspondencia y pedidos á E. ECHEVERRÍA Y C.ª, calle de Santa Lucia, núm. 10, Málaga.

COMPRA DE CABALLOS
PARA FRANCIA Y EL EXTRANJERO
SE PREPARAN CABALLOS DE SILLA

Mr. Ch. Du Bois.—4, Rue Chalgrin.—PARIS

Vinos naturales de Jerez

DE

A. R. VALDESPINO

Proveedor de S. M. el Rey Don Alfonso XII y de S. A. R. el Serenísimo Señor Infante Duque de Montpensier.

Jerez Seco.—Jerez Fino.—Oloroso.—Amontillado.—Palo Cortado.—P. Ximenez.—Moscatel.—Añadas viejissimas procedentes de mis viñas en

MACHARNUDO

ESPECIALIDAD: SOLERAS DEL VINO "INOCENTE"

La casa se encarga de remitir los pedidos á donde se le designe, haciéndose cargo de los gastos, mediante un pequeño aumento de precio.

LA PULCHERINE, AGUA DE BELLEZA

La Pulcherine
AGUA DE BELLEZA

Infalible para quitar y hacer desaparecer, sin irritacion del Cutis, las Manchas rojas, las Producciones por el embarazo, los Barros y el Vello precoz.

La PULCHERINE es una Agua de Toilette especial y sin rival para la Toilette Intima. (VEASE EL PROSPECTO.)

Los buenos resultados de la PULCHERINE se completan con el uso del Jabon y la Crema PULCHERINE, Cosméticos preciosos por sus cualidades suavizadoras.

Depósito General: 29, rue Clignancourt, PARIS

LA PULCHERINE, AGUA DE BELLEZA

DIGESTIONES ARTIFICIALES

VINO
DI-DIGESTIVO DE
CHASSAING

PREPARADO CON
PEPSINA Y DIASIASIS

Agentes naturales é indispensables de la DIGESTION

20 años de éxito

SOLO se DIGESTIONES DIFICILES ó INCOMPLETAS MALES DEL ESTOMAGO, DISPEPSIAS, GASTRALGIAS, PERDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS, ENFLAQUECIMIENTO, CONDUCCION, CONVALESCENCIAS LENTAS, VOMITOS...

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.
En provincia, en las principales boticas